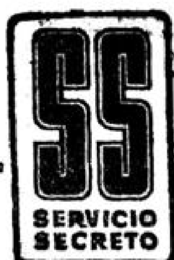


S.S
SERVICIO SECRETO

JACK GREY

EL ENCAPUCHADO GRIS



JACK GREY

EL ENCAPUCHADO GRIS

1.ª EDICION
AGOSTO - 1951

EDITORIAL



BRUGUERA
Proyecto, 2 T. 284453
BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

2. —Entre tinieblas. 5. —El hotel de los crímenes. 11. —La hiena blanca. 17. —El monstruo. 25. —Rechazados por la muerte. 17. —El soplo de la muerte. 49. —Una pista difícil.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 — Barcelona

EL ENCAPUCHADO GRIS

PRIMERA PARTE

Capítulo Primero
CRIMEN MISTERIOSO

Walter Doyaux había adquirido fama de brusco, soberbio y dominador. A pesar de eso, y aunque llevaba relativamente poco tiempo en Bruselas, hubiera podido contar con grandes relaciones, pues poseía algo infalible: dinero, mucho dinero. Más no lo deseaba. Prefería vivir casi solo y no frecuentar más trato que el de contadas personas. Entre ellas, figuraban en primer lugar la familia del magistrado Oscar Laroque, familia compuesta por este, su esposa Patricia y su sobrina Susana.

Produjeron, pues, sorpresa entre la gente distinguida las invitaciones cursadas por Walter con motivo de la inauguración de la quinta recientemente comprada en los alrededores de la ciudad.

Muchos de los que recibieron las elegantes cartulinas ni siquiera habían cruzado la palabra con el millonario; pero, a pesar de eso, a nadie se le ocurrió dejar de acudir.

Como en ninguna parte faltan curiosos parlanchines, varios vertieron la especie de que Doyaux había adquirido aquel palacio con el principal objeto de deslumbrar a Susana, de la cual hallábase enamorado. Decíase, además, que la joven potentada que se encontró en la ruina a la muerte de su padre, era tan soberbia como su pretendiente y había rehusado la proposición de matrimonio que el mismo le hiciera.

No iban muy descaminados los murmuradores. Sue —como la llamaban cariñosamente sus amistades— había creído advertir en Walter el propósito de comprarla como si fuese un objeto valioso y, aunque sentíase subyugada por la recia personalidad del galanteador, distaba mucho de rendirse a sus anhelos. Más bien le mantenía a distancia, y era frecuente el hecho de que cuando él visitaba a sus tíos, se ausentase ella con algún pretexto o, simplemente, procurando no ser vista.

La fiesta era brillante por demás. Lujo, esplendor, buen gusto, derroche de cuanto pudiera apetecerse…

El anfitrión, violentando su costumbre, mostrábase amable, correctísimo, simpático.

Resultaba frecuente oír comentar, tanto a las damas como a los caballeros: “¡Es encantador!…” “Le calificaban de ogro y parece todo lo contrario…”

Sonreía él, adivinando la esencia de tales cuchicheos: sonreía… y apenas apartaba los ojos de la puerta, anhelando que Susana apareciese.

Octave Evergent, su administrador general —al menos cómo tal figuraba— entró en aquel momento y acercósele ceremonioso. Era

hombre de cuarenta y cinco años, bajo, grueso, de tez encarnada, cabellos de un rubio tirando a pajizo y ojos incoloros, de mirada quieta.

Doyaux tendióle la mano, que él estrechó con demostraciones de, respeto. No obstante, tras convencerse de que nadie les oía, habló, con cierto deje autoritario:

—Ha hecho lo que se propuso, a pesar de haberle aconsejado que se abstuviese. No ha debido celebrar esta fiesta. En nuestras circunstancias, atraer la atención resulta peligroso. Hubiera podido seguir cortejando a la señorita Susana Parmenter sin necesidad de…

—¡Cállese! —ordenó el millonario, cuyas negras pupilas centellearon—. El hecho de que, por aborrecimiento a los norteamericanos, colabore con usted y los suyos no le autoriza a inmiscuirse en mis asuntos particulares.

—Se equivoca, señor Doyaux. Forma usted parte de nuestra “empresa”; y tengo perfecto derecho a vigilar sus actividades, a sugerirle lo que debe hacer o no hacer…

—Le niego ese derecho, señor Evergent. Sé perfectamente conducirme por mí mismo y no dar un solo paso que perjudique a la organización. Durante el tiempo que llevo perteneciendo a ella, no creo haber originado motivo alguno de censura.

—Desde luego, no.

—Seguiré comportándome de igual modo, pero sin permitir que nadie se mezcle en mis asuntos privados.

—Bien, bien… —dijo Evergent excusándose respetuoso, aunque en sus pupilas brillaba una lucecita burlona.

Vieron entrar en el salón, y acercarse, un hombre de treinta y tantos años, pelirrojo, con cara llena de pecas, cuya expresión de pobre infeliz despertaba tenues sonrisas.

—¿Quién es? —preguntó Octave.

—Un entomólogo norteamericano. Me lo presentaron hace días en casa de los señores de Laroque. Se llama Perry Kettering.

—¿Entomólogo? ¿De esos que se pasan la vida persiguiendo insectos?

—Efectivamente.

El joven pelirrojo llegaba ya hasta ellos y saludó atentamente. Walter acogióle con suma cordialidad.

—Un poco tarde he venido… Me entretuve examinando un rarísimo ejemplar encontrado casualmente.

—Todas las horas son buenas para usted, señor Kettering. Le presento al señor Evergent, mi administrador y amigo.

Estrecháronse las manos.

—¿No han llegado la señorita Susana y sus tíos?

—Aun no.

—Es extraño. Me prometieron…

Interrumpióse viendo que en aquel momento hacían su entrada las personas aludidas.

—¡Caramba! ¡Ni que hubieran obedecido a un conjuro!

La familia Laroque no venía sola. Acompañábanla Clyde Hatter —pariente lejano de Susana, y su adorador más rendido— y Lilly Gragg, muchacho de treinta y pocos años, de aspecto simpático y resueltos ademanes.

Doyaux apresuróse a salirles al encuentro. Dióles la bienvenida y con todos se mostró amabilísimo, excepción hecha de Clyde, a quién acogió fríamente, siendo correspondido de igual modo. Se conocían de tiempo atrás, y el hecho de saberse enamorados de la misma mujer les distanciaba irremisiblemente. Por otra parte, Clyde tenía poco de atrayente: Ensoberbecido y propenso, a la iracundia, trataba con desdén a todo el mundo y no preocupábase de disimular sus violentas reacciones.

Patricia presentó a Billy como un compatriota recién llegado a Bruselas a quién se habían permitido hacer extensiva la invitación.

—Encantado —repuso Walter.

Atacó la orquesta. Susana apresuróse a decir a Clyde:

—Vamos a bailar: te prometí el primero…

Advertíase su propósito de apartarse pronto de Doyaux. Este sonrió al decir:

—Espero, señorita, que me reserve el próximo.

La joven se alejó sin responder, cual si no le hubiese oído.

El magistrado Laroque pasó a saludar a algunos sesudos varones; Billy encontró enseguida ocasión de bromear con un grupo de jóvenes, a los que nunca hasta entonces viera; Perry continuó como atontado, cual si le preocupase la posibilidad de ver allí algún insecto: y Walter sacó a bailar a Patricia.

—No puede figurarse —dijo esta— el trabajo que me ha costado convencer a Sue. Quería quedarse en casa.

—No dudé un solo momento de que lo consiguiera. Confiaba en usted; en los motivos que tiene para complacerme a toda costa.

—¡Señor Doyaux…!

—Discúlpeme. Ya conoce mi carácter. Digo las cosas como las siento.

—Disculpado. También usted perdonará que hayamos traído a Clyde y a Billy Gragg. Sue conoció a este último, hace poco, en casa de unos compatriotas amigos e hizo cuestión de gabinete el que ambos la acompañasen.

—La cosa carece de importancia… aunque declaro que el tal Clyde me es profundamente odioso.

Advirtió en aquel momento que Billy y Perry estaban próximos y que tanto ellos como otros invitados estarían oyendo la conversación.

Con el fin de seguir hablando a su gusto, llevó a su pareja hacia donde había menos gente.

—Estoy asustada, verdaderamente asustada —declaró Patricia, sin nada que lo justificase, obedeciendo a sus pensamientos íntimos.

Walter la miró con dureza.

—¿Por qué?

—¿Por qué ha de ser?… No me perdonaré nunca mi debilidad…

—¿Su debilidad… o su ambición?

—Emplea usted unas palabras… Bien: no quiero discutir. Sea por lo que sea, he caído en una red de la que estoy resuelta a salir cuanto antes.

—Yo no he de oponerme a que lo haga. En medio de todo, si me enteré de que pertenecía usted a la banda…

—¡Por Dios, qué nombre le da…!

—Bueno, llámela organización… empresa… lo que se le antoje: pero en el fondo no pasa de ser una banda de espías internacionales. Decía que si me he enterado de que pertenece usted a ella ha sido por pura casualidad. Sorprendí, sin pretenderlo, aquella conversación entre usted y Evergent…

—No me lo recuerde.

—Ha sido usted la que ha planteado el tema. No tengo interés ninguno en que siga con nosotros; ahora bien, me temo que Evergent…

—Lo tome como lo tome, estoy resuelta a retirarme. No puedo vivir así. Hasta dormida me martiriza el miedo. ¡Si mi esposo llegase a sospechar…!

—No lo creo fácil, señora. Parece ser que únicamente Evergent y yo conocemos su secreto.

—Dudo de que sea así. De todos modos, ya basta y sobra para considerarme horriblemente sometida a quienes no quisiera estarlo.

Cesó la pieza musical, Walter la acompañó hasta donde ella quiso, y luego dirigióse a Susana, quien departía con Billy, Perry y Clyde.

Octave Evergent, con bien fingida naturalidad, fue hacia Patricia. En voz alta le dijo una galantería y añadió en susurro:

—Muy en breve le encomendaré un “trabajo” importante.

—Le agradecería que no lo hiciese —respondió ella, en el mismo tono—. Estoy decidida a terminar mi actuación.

—Olvide tal propósito, señora. Cuando se entra a nuestro servicio es para siempre. Y… procure disimular. Se halla usted muy excitada.

Inclinóse, cual si hubiera terminado de prodigarle finezas, y la dejó sola.

Entre tanto, la orquesta, rindiéndose a los aplausos, había comenzado otra obra. Billy disponíase a bailar con Susana cuando Walter llegó hasta ellos.

—Perdone, señor Gragg —masculló; pero este baile es mío.

—La señorita acaba de concedérmelo —repuso Billy—. Habrá de ser ella quien resuelva…

—La señorita ha resuelto ya.

Y, sin más ambages, la enlazó por la cintura, llevándosela a la pista.

Quiso Sue resistirse, más Doyaux no le hizo caso. Limitóse a decir, mientras la arrastraba casi:

—Por favor…

Y fijó en los bellos ojos su mirada dominadora, casi irresistible.

Billy encogióse de hombros, sonriendo.

—¡No ha debido usted permitirlo! —exclamó Clyde, irritado.

—¿Por qué…? Es el anfitrión…

—Por muy anfitrión que sea, ha llevado a cabo una grosería imperdonable. Si lo hubiera hecho conmigo…

—No se enfade, amigo Clyde —intervino Perry, conciliador—. El señor Gragg ha hecho bien renunciando a discutir con el dueño de la casa.

—Usted, perdone que se lo diga —replicó el iracundo muchacho—, no comprende ciertas cosas. Pasa por la vida sin enterarse de que en ella hay algo más que insectos.

—Puede que tenga razón —admitió Perry, aturdido como si acabasen de darle un golpe—, pero no ha debido decírmelo. Acaba de llamar grosero al señor Doyaux, y sin embargo…

—Bien… discúlpeme; ese bruto enriquecido me saca de mis casillas.

Alejóse del grupo.

Billy y Perry quedaron comentando el incidente en sentido humorístico, sin apartar la vista de la pareja formada por Susana y Walter.

—Me temo que nuestra amiga no se halle muy contenta —sugirió el segundo.

—Yo temo lo contrario —repuso Billy—. Tengo la impresión de que vive fascinada por Doyaux, aunque se resista a convencerse.

Estaba en lo cierto el muchacho. Susana notábase indignada consigo misma por no sentirse con fuerza suficiente para rechazar al hombre que, aun para decirle que la quería, tratábala con irritante aire de superioridad. Medían sus orgullos, y ella dábase cuenta de que era vencida.

A veces, discutiendo mientras seguían la música, alzaban la voz más de lo conveniente y los que pasaban cerca captaban retazos del diálogo.

Lo que más contribuyó a irritar a la joven fue la seguridad con que le dijo Doyaux:

—Es inútil que resista, señorita Sue: Estoy enamorado de usted y la convertiré en mi esposa, por encima de todo. Jamás he fracasado en nada que me haya propuesto seriamente.

—¡En esto, fracasará! —repuso ella, chispeantes los ojos.
—No lo crea. Verá cómo no.
—Es usted un engreído insoportable.
—No pronuncie frases que lamentará luego. Apostaría que no le parezco tal cosa. Usted se ha enamorado también de mí. Lo que pasa es que la soberbia no le permite reconocerlo.
—Será mejor que nos sentemos.
—A su gusto; pero… ¿y si lo hiciésemos en la terraza? Allí habrá poca gente y podremos hablar más a gusto.
—No tengo nada que decirle.
—Pero yo a usted, sí. Complázcame… aunque no sea más que por hallarse en mi casa, en esta casa que espero sea pronto suya también.
—¡Muy "galante"!
—Bueno, puede que no me acerque mucho a lo versallesco. Es cosa esa que jamás me preocupó. Mi único placer estriba en decir la verdad, y la verdad es que usted compartirá conmigo cuanto pueda tener de hermoso esta quinta.
—¡Le desafío a que lo alcance!
—Acepto ese desafío.
Quiso Susana negarse a salir y no pudo. Walter ofrecíale el trazo y la miraba cual sí quisiese hipnotizarla. La gente advertía algo extraño en aquello y observábales con discreto interés. Clyde —desde la barra del elegante bar improvisado, donde bebía copa tras copa— les siguió con la vista hasta que desaparecieron.
La terraza caía sobre el jardín, argentado por la luna. Escasos invitados deambulaban por allí. Al ver a la pareja cambiaron sonrisas y fueron retirándose al interior.
—Bien, le escucho —dijo ella en tono de reto, apoyándose en la balaustrada.
Walter habló de la manera que tenía por costumbre, seguro de sí mismo, hechizando e irritando al propio tiempo a su interlocutora, quien le trataba de potencia a potencia.
Queriendo unas veces y sin querer otras, dijéronse cosas desagradables. La discusión, al cabo de algún rato, llegó a hacerse agria.
—¡Déjeme! —exclamó al fin Sue, resuelta a marcharse.
Doyaux la sujetó por un brazo a la par que respondía:
—No; aun no. Sería terrible que nos separásemos sin habernos reconciliado.
Clyde, descompuesto, apareció en una de las puertas. Tras él, aunque en segundo término y sin avanzar, había otras personas que, intrigadas por la actitud del joven, le siguieron con disimulo.
—Opino —rugió, violentamente— que si la señorita quiere volver a los salones no debe usted impedírselo.
Sue dirigió al recién llegado una mirada de reproche, tanto por la

irrupción de mal gusto como por advertir que andaba, rozando la embriaguez. Walter achicó los ojos, en cuyo fondo brilló la ira; ira que dominó, sin embargo, hasta el punto de que su acento, al replicar, no la denotase:

—¿No cree usted que este es asunto exclusivamente nuestro, señor Hatter, y que hace mal inmiscuyéndose sin que nadie le haya invitado?

—¡Yo hago lo que quiero! Y he de decirle…

—Un segundo; le escucharé cuanto desee, pero… lejos de aquí. Molestar a la señorita con una discusión de esta índole resulta improcedente. Además… hay otros testigos… —le cogió del brazo—. Bajemos al jardín, ¿quiere?

—¡Cualquier sitio es bueno para que me oiga!

—Pues si cualquier sitio es bueno, acepte el que le propongo —Hizo una inclinación ante Susana—. Discúlpeme. Regresaré pronto.

Los dos hombres descendieron la marmórea escalinata. Clyde iba barbotando palabras ininteligibles. Cuando estuvieron en un lugar solitario, exclamó Walter:

—Va usted a oírme primero. Desde hace meses me viene molestando con sus impertinencias, con sus explosiones de ira, con sus rabietas de niño mal educado, peor educado que yo. No he querido concederle importancia porque es que empieza usted por no tenerla; pero su actitud de esta noche, desde que ha entrado en mi casa, sin que yo le hubiera invitado, pasa de la raya. Quiero, pues, hacerle ver la precisión de apartarse de mi camino. Si no lo hace… se arrepentirá, créalo.

Clyde replicó, babeando furia:

—¡Es usted un insolente, un grosero; un tipo odioso, cargado de millones…!

No pudo continuar. El puño de Doyaux salió disparado y fue a estrellarse contra el mentón del joven, quien cayó de espaldas sobre la hierba.

—¡Títere! —fue la exclamación de Walter, viendo a Clyde sin conocimiento.

Despectivo, volvióle la espalda, reemprendiendo el camino que acababa de recorrer.

Transcurrieron algunos minutos.

El semibeodo comenzó a percibir la noción de las cosas. Incorporóse a medias, aturdido aún y restregándose los ojos…

De pronto lanzó un ahogado grito, que denotaba espanto. De entre la espesura acababa de surgir un hombre vestido de *smoking*, llevando sobre el rostro un antifaz negro, el cual arrojósele encima, derribándole nuevamente. Antes de que Clyde pudiera darse cuenta exacta de la realidad, el enmascarado alzó una acerada hoja, que brilló siniestramente bajo el astro de la noche, y clavósela en el pecho.

Temiendo haber marrado, le apuñaló por segunda vez, eligiendo fríamente el sitio del corazón.

El crimen no requirió más de cinco segundos.

Satisfecho de su obra, el asesino desapareció velozmente entre los árboles.

* * *

Susana no se había movido de la terraza. Presintió algo desagradable desde que vio marchar los dos antagonistas. Tentada estuvo, en principio, de pedirles que no se fueran o de ir con ellos. Si no lo hizo fue por considerar que no debía mostrarse enterada de que el incidente la tenía a ella como origen.

Los invitados que acompañaran a Clyde cuando este interrumpió el diálogo de la joven y Walter no vacilaron en llegar hasta ella, atraídos por la curiosidad. Quedaron defraudados, pues la muchacha hablóles sencillamente de todo menos de lo que acababa de ocurrir.

Viendo a Doyaux subir la escalinata, forzó un principio de sonrisa, preguntando:

—¿Vuelve usted solo?

—Ya lo ve.

—¿Y el señor Hatter?

—Tardará en regresar. Hemos sostenido un breve diálogo, y creo que mis razonamientos le habrán resultado irrefutables.

Sonrió al expresarse así. A Susana, aquel gesto de suficiencia le resultó altamente odioso. Dirigióse a la galería de cristales que comunicaba la terraza con el salón.

—Un momento… —pidióle Walter—. No olvide que cuando nos interrumpieron quedaba algo pendiente…

Tornaron a quedar solos. Los invitados, comprendiendo el deseo del millonario, mostráronse discretos.

—Le estaba diciendo, al llegar el señor Hatter, que no me avenía a separarme de usted sin que nos hubiésemos reconciliado. Insisto en ello. Nos hemos dicho cosas fuertes. Usted me ha llamado cuanto ha querido; yo la califiqué de engreída, mimada con exceso, merecedora de azotes…

—Le advierto que soy rencorosa y, por lo tanto, no perdono con facilidad.

—Pero a mí tiene que perdonarme porque la quiero. Y ahora mismo va a darme una prueba de que admite sin reservas la reconciliación.

—Y… ¿en qué consiste tal prueba?

—En esto.

Encontróse la joven en los brazos de él y sintió sobre su boca la presión de unos labios ardientes. Quiso resistirse; luchó, incluso, pero

quedó, contra su voluntad, como embrujada por la caricia. Fue un embrujo que duró breves instantes. Reaccionó enseguida y apartóse violentamente. Sus negros ojos despedían chispas.

—¡Salvaje! —exclamó.

Arrebolada, adentróse en los salones. Doyaux, satisfecho, penetró tras ella, sin prisas, y la descubrió hablando con Billy y Perry. Le hizo con la mano un saludo breve y gracioso. Sue volvióle la espalda.

La animación en la fiesta llegaba a su apogeo. La propia Patricia sonreía, olvidada en parte de sus temores, oyendo las ocurrencias de un cotorrón; y hasta el probo magistrado Laroque habíase lanzado a bailar.

De pronto cundió la alarma.

Se iniciaron los cuchicheos, creciendo como la espuma; marcáronse en los rostros gestos de estupor…

Observó Walter que muchos pares de ojos se volvían hacia él y clavábansele acusadores.

—¿Puedo saber lo que ocurre? —preguntó, al fin, sorprendido—. Me miran ustedes como si no me hubieran visto nunca…

Uno de los que presenciaron cómo el millonario se llevaba a la víctima, contestó dura y roncamente:

—¡Clyde Hatter ha sido asesinado en el jardín de esta casa!

—¿Asesinado?

—De dos puñaladas en el corazón.

Walter, a pesar del dominio que ejercía sobre su persona, se puso pálido y quedó atónito.

—Eso… ¡eso es imposible!

—¿Imposible, dice?

Y en la reticencia de la pregunta encontró Doyaux la explicación de lo que se le quería decir.

Solo vio en su torno gestos hostiles, miradas que le atravesaban como cuchillos…

La concurrencia, en particular las damas, retrocedía instintivamente.

Un joven, amigo de Clyde, que había bebido con exceso, adelantóse, acusando:

—¡Usted le mató!

Walter, olvidándose de la clase de gente que le rodeaba y de los convencionalismos admitidos, asestó un enorme puñetazo al petimetre, haciéndole rodar como un muñeco.

Tal acto arrancó gritos de protesta.

Inicióse la retirada.

—Por favor, señores, no se marchen —pidió el millonario, controlándose con gran esfuerzo—. Se ha cometido un crimen en mi casa; la actitud de ustedes demuestra que me creen ligado al mismo, y lo menos que pueden hacer es permanecer aquí hasta tanto venga la

policía.

—¡La policía!

—¡Qué escándalo!

—¡Qué vergüenza!

—¡Nosotros envueltos en un proceso…!

Las exclamaciones de desagrado brotaban por doquier.

Walter miró anhelante los dilatados ojos de Susana.

—¿También usted me cree culpable?

—No. Yo… no.

—Gracias.

Intervino Billy, dirigiéndose a todos:

—Permítanme recomendarles, señores, que no precipiten los acontecimientos. A veces las apariencias engañan…

—Agradecido —dijo Doyaux, tendiéndole la mano. Billy se la estrechó sin vacilar.

—Voy personalmente a telefonear a la policía —anunció Walter.

Capítulo II
EL ENCAPUCHADO GRIS

Patricia hizo su entrada en el comedor, donde su esposo acababa de almorzar.

—¿No tienes nada que decirme, Oscar? —preguntó deteniéndose cerca de la mesa, sin sentarse.

—¿Algo de qué?

—Bien sabes a lo que me refiero. Me ofreciste tenerme al corriente del proceso de Walter Doyaux.

—Perdona. No recuerdo haberte hecho promesa alguna.

—Bueno; pero yo te supliqué que lo hicieses, y guardaste silencio. Eso equivale a una concesión.

Laroque esbozó una ligera sonrisa. Antes de responder fijó la mirada en los cortinajes de enfrente, que se habían movido un poco.

—¿Quién anda ahí?

Apareció Franz, mayordomo de la casa. Era hombre alto, huesudo, de inquietante mirada.

—Soy yo, señor. ¿Va a tomar el café aquí o…?

—En ningún sitio. No quiero café. Puede retirarse.

Volvieron a quedar solos marido y mujer.

—Interpretas las cosas a tu capricho, querida Patricia —comentó el magistrado—. En ningún momento oirás de mi nada relacionado con mi profesión que no pueda ser conocido por todo el mundo. El caso del señor Doyaux, te he dicho antes de ahora que me preocupa seriamente. Lamento haberme visto en la obligación de hacerme careo del mismo. Estimo a ese hombre, y el mero hecho de saberle entre rejas me produce desasosiego.

—Para mí constituye una alegría saber que su suerte está casi en tus manos. ¡Es preciso que le salves, Oscar; es preciso!

—¿Por qué?

—Pues… No sé qué decirte, pero…

Laroque tornó a sonreír.

—¿Es el tuvo un simple interés motivado por el afecto, o se trata, acaso, de que también han llegado a ti las presiones exteriores? —Patricia estremecióse. Insistió él—: Respóndeme.

—No… no… ¿Qué presiones pueden hacerme?

—¿Temes por mí vida? ¿Has recibido algún anónimo en el que se te amenace con dejarte viuda?

—¡Qué cosas se te ocurren…!

Sonaron fuera voces juveniles, no tardando en aparecer Susana,

Billy y Perry, los cuales regresaban de jugar una partida de tenis. Advertíase en la muchacha honda preocupación. Pensaba en Walter más de lo que hubiera querido. Cuantos esfuerzos se hacían por distraerla resultaban poco menos que inútiles.

Tomaron asiento todos. La conversación generalizóse y fue a parar, como de costumbre, desde que murió Clyde al mismo punto: la culpabilidad o no culpabilidad del acusado.

Los cortinajes no se movieron esta vez, pero, tras ellos, el mayordomo escuchaba atentamente.

—¿Querrán creerme —preguntó Laroque— si les digo que empiezo a cansarme de este problema? En mi larga vida profesional no recuerdo un asunto que haya apasionado tanto a la gente como el que nos ocupa. He recibido anónimos, entre los que figuran, desde el intento de soborno hasta la amenaza de muerte. Todo el mundo parece interesado en que Walter Doyaux salga absuelto. En mi propio domicilio se me habla del caso a todas horas; y yo me pregunto, ¿por qué? Nuestro hombre no tenía apenas amigos; bacía una vida recoleta por demás. ¿Cómo ahora se despierta ese interés en torno suyo?

—Me lo he preguntado muchas veces y… Bueno, van ustedes a reírse a mí costa, pero no me enfadaré, aunque me llamen ingenuo — dijo Perry.

Le animaron a continuar, y él lo hizo:

—Hace algún tiempo oí rumores de que una importante organización de espionaje tenía en Bélgica, concretamente en Bruselas, una especie de sucursal. Y a mí, de pronto, se me ha ocurrido preguntarme, ¿pertenecerá Walter Doyaux a esa banda y serán sus secuaces los autores de dichos anónimos?

Patricia parpadeó mucho: Laroque rio de buena gana, y Sue limitóse a sonreír.

Billy comentó, simpáticamente:

—La hipótesis de nuestro amigo entomólogo es bastante atrevida, pero no disparatada. Todos sabemos que esa organización existe; yo he sido comisionado…

Se detuvo y pasóse suavemente una mano sobre los labios, cual si quisiera introducir en ellos sus últimas palabras.

—¿Comisionado para qué? —inquirió Laroque.

—¿Pertenece acaso a la F. B. I. o a la C I. A.? —quiso saber Perry, en cuyos ojos brillaban la admiración y el asombro.

—Nada de eso, señores —repuso Gragg—. Me refería a otra cosa…

Pero su aforamiento daba a entender que no decía la verdad. Los que le rodeaban juzgaron improcedente insistir. Fue Perry Kettering el único que hizo un comentario final sobre ello:

—¡Admiro tanto a los agentes de esos organismos!… ¡Qué inteligentes son, qué hábiles, qué valerosos!… ¡Lo que me gustaría

colaborar con alguno de ellos!

Hablaron de otros temas. Cuando el caso Doyaux parecía descartado y los jóvenes iban a marcharse, Susana, que había estado la mayor parte del tiempo como abstraída, viviendo su mundo interior, dijo a Laroque, sin preparación previa, solemnemente:

—Tío… sí se demuestra que Walter es culpable, aunque me cause íntimo dolor, no abogaré por él; más… por lo que más quieras, estudia el proceso a fondo y evita a costa de lo que sea la posibilidad de que pague lo que no ha cometido.

El magistrado la acarició dulcemente, pues sentía por ella paternal cariño:

—Tranquilízate, Sue. Es más… Voy, contra mi costumbre, a decir algo de lo que pienso. Estoy reuniendo pruebas, informaciones, etcétera, y todo va resultando a favor de ese hombre, quien, por otra parte, siendo como lo es inteligente y culto, no pudo, en buena lógica, matar en su propia casa al pobre Clyde, volver tranquilamente, asegurando que la víctima “tardaría en regresar”, mostrarse sereno en grado sumo… Bien; ya he dicho más de lo conveniente. Me limitaré a añadir que tengo el ánimo bien predispuesto.

* * *

Aquella misma tarde, entre dos luces, el magistrado Laroque salió a dar su acostumbrado paseo por la ciudad. Guiaba su propio coche, pues presumía de buen conductor. No paró mientes en un “Studebaker” obscuro que le seguía a cierta distancia.

Desaparecieron los últimos clarores del día, dejando paso a las sombras que se echaron encima de pronto.

En el momento en que Laroque adentróse en la rue Haute, el “Studebaker” aceleró la marcha hasta alcanzar al perseguido. Una mano, empuñando una pistola, asomó por la ventanilla y vació el cargador en el cuerpo del magistrado. Inmediatamente después el “Studebaker”, a velocidad pasmosa, torció a la derecha, cruzó la rue de la Regence y tomó el camino de Luxembourg.

Laroque, muerto, inclinóse sobre el volante. La gente, sobrecogida por el trágico suceso llevado a cabo en segundos, apartábase asustada. Prodújose una explosión. El coche, sin guía, acababa de chocar contra una casa.

La noticia cundió pronto, originando gran revuelo en la ciudad, no ya solo por tratarse de una personalidad tan respetada y querida como lo era Laroque, sino por lo que significaba aquel criminal acto de audacia.

La policía toda se puso en movimiento. El “Studebaker” fue encontrado, vacío, en un camino tortuoso. La matrícula, cómo pudo

suponerse, era falsa.

A Patricia la infausta nueva le produjo terror indescriptible; a Susana, amargura intensa y desesperación.

—¡Malditos sean los asesinos! —gritó esta última—. ¡Los destrozaría con mis propias manos!

Billy y Perry, quienes se habían apresurado a acudir al domicilio de la víctima, esforzábanse en consolar a las dos mujeres.

—¡Prometo poner a contribución lo poco que valgo para descubrir al criminal! —exclamó con firmeza el primero.

Perry, mirándole con admiración, dijo:

—Esta mañana se le escapó a usted que estaba comisionado por alguien… y para algo. No quiero hacerle preguntas. Pertenezca a la C. I. A., al F. B. I. o a cualquier otro organismo oficial, quiero que me permita ayudarle en este asunto. Venceré mí timidez; daré de lado a la entomología: me colocaré por encima del miedo que con frecuencia —no tengo por qué ocultarlo— me asalta.

Escuchóle Billy con simpática atención, acabando por tenderle la mano:

—De acuerdo, amigo Kettering. ¡Trabajaremos juntos!

El mayordomo Franz había cruzado la estancia sin hacer ningún ruido, como si no pisase.

Por sus finos labios jugueteaba enigmática sonrisa.

* * *

Billy mirábase en los ojos de Sue —quien de día en día iba distinguiéndole con creciente admiración—, cuando entró Perry, dando la sensacional noticia:

—Algo fuerte y desagradable, amigos míos. El pobre señor Doyaux…

—¿Qué?

—¡No se detenga!

—Ha muerto en la cárcel.

—¿Qué ha muerto…?

El pelirrojo inclinó la cabeza tristemente. Advertíase que el suceso le había afectado mucho.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Billy, también impresionadísimo.

—Intenté verle. Al fin y al cabo, el juicio no se ha celebrado aún. No pasa de ser todavía un presunto asesino. Cuando hice mi solicitud me lo comunicaron.

—Pero, ¿cuál ha sido el origen de la muerte?

—Lo ignoro. Sin embargo, por la manera que tuvieron de hablarme, he llegado a creer que… ha puesto fin a su vida.

Billy dio señales de consternación.

Los ojos de Sue se habían llenado de lágrimas. En aquel instante parecióle sentir sobre los labios el calor del largo beso que Doyaux le diera poco antes de que se descubriese el cadáver de Clyde.

—¡Cuánta tragedia en pocos días! —barbotó Perry, midiendo la estancia a grandes pasos.

—¿Qué es lo que sucede ahora? —inquirió la voz de Patricia, quien acababa de aparecer en el umbral.

La informaron del suceso.

Hubieron de sostenerla para que no cávese sobre la alfombra. Su rostro era el exponente más fiel del pánico elevado a la enésima potencia.

La propia joven, sobreponiéndose a la pena que le laceraba el corazón, acudió en su auxilio.

* * *

Susana bajó al pequeño jardín que circundaba la finca.

Ahogábase en el dormitorio. Necesitaba aire puro, más que para sus pulmones para su espíritu.

No había luna, pero sí miríadas de estrellas titilantes y un maravilloso polvo cósmico que ponía manchas de luz lechosa en, el azul del firmamento.

Paseó la muchacha, despacio. Las imágenes se sucedían en su imaginación: Clyde, brutote, belicoso, apasionado, muerto quizá por su causa: Walter, dominador, seguro de sí mismo, asegurándole que la haría su esposa por encima de todo… y muerto también, quizá colgado del cuello en la celda; Laroque, tan cariñoso siempre, acribillado a tiros; Billy, enamorado de ella, aunque sin demostraciones estridentes, con un amor cuya intensidad solo se le reflejaba de cuando en cuando en las pupilas, lanzado al descubrimiento de los malhechores; Perry, desconcertándola con su expresión de ingenuo… y con detalles que desmentían tal ingenuidad, dispuesto a convertirse en ayudante de Billy…

Sintió escalofríos pensando en que ambos jóvenes pudieran seguir suerte análoga a la de las otras víctimas. Llegó a formarse un complejo de fatalismo, a temer que cuantas personas la quisieran estaban condenadas a sucumbir.

Perdió la noción del tiempo.

De pronto abrió los ojos desmesuradamente. Observándola, junto al tronco de Un árbol, había una figura impresionante: la figura de un encapuchado en gris del que apenas podía distinguirse el fulgor de las pupilas a través de los pequeños agujeros abiertos en la máscara.

Sue, aterrorizada, sin fuerzas para moverse, quiso lanzar un grito,

pero la voz quedósele como muerta.

La extraña aparición llevóse un dedo al lugar donde debía ocultarse la boca y murmuró quedamente, con voz sin inflexiones:

—Tranquilícese. No le causaré daño alguno. Me interesa este lugar y esa es la causa de que me encuentre aquí. Sea discreta y no diga a nadie que me ha visto. Si me obedece, su tío, Slyde Hatter y Walter Doyaux serán vengados: sí, por el contrario, se va usted de la lengua, correrá la misma suerte que ellos.

Se retiró de espaldas hasta perderse en la obscuridad.

Susana permaneció inmóvil, temerosa de haber sido víctima de horrible pesadilla.

"El encapuchado", como un gato montés, escaló la tapia y oteó en todas direcciones. Nadie a la vista. Saltó a la calle y corrió hacia un coche detenido a corta distancia, en cuyo interior se introdujo. Al volante del mismo hallábase Perry Kettering, quien preguntó en susurro:

—¿Qué tal la cosa, jefe?

—Bien, creo que he logrado mi propósito de infundir confianza en su espíritu.

El coche se puso en marcha.

—Opino que arriesga usted demasiado —susurró Kettering.

—¡Bah!... ¡Tantas veces lo arriesgué!... Me sorprenden sus palabras. No hay deporte tan sugestivo como este nuestro, querido Perry; usted lo sabe bien y le tiene ofrendada la vida.

—No paso de ser un pobre discípulo suyo... ni aspiro a más.

—Deje a un lado la modestia. Vale usted mucho. ¡Ah!... He encarecido a Sue que no hable para nada de "El encapuchado gris". Es lo más probable que, a pesar de todo, lo comente. Si se le presenta a usted alguna oportunidad, insista en ello.

—Y si no se me presenta, la provocaré.

—¡Magnífico! Nunca me ha gustado actuar con la cara oculta, pero las circunstancias lo imponen ahora.

—Lo que nos ocupa merece todos los sacrificios... especialmente para usted.

—¡Desde luego!

—Existe el temor de que la muchacha no sepa contenerse. Por eso me he permitido decirle que arriesga demasiado.

—Si así ocurriese... estudiaría lo que más interesara hacer. De todos modos, aunque la cosa llegue a divulgarse, no creo que nadie relacione al "encapuchado" conmigo.

Se había quitado el disfraz dejando al descubierto el rostro de trazos firmes, varonilmente hermoso, de Walter Doyaux.

Capítulo III
EL MAYORDOMO

Patricia removióse en el asiento cuando el estirado Franz le anunció ceremonioso:

—El señor Evergent desea verla, señora.

Encontradas ideas acudieron a la mente de la mujer. No recibir a aquel hombre, pasara lo que pasase; recibirle y romper a toda costa sus relaciones con la banda…

Ambas decisiones podían resultarle de malas consecuencias.

Acabó diciéndose que la última era la mejor.

El mayordomo aguardaba rígido, dirigiéndole a hurtadillas su mirada febril.

—Hágale pasar al despacho —resolvió la viuda.

Inclinóse Franz y salió con su paso lento, diríase que mecánico.

Patricia quedó unos minutos abrumada, hundida en sí misma. ¡Nunca lamentaría bastante la hora fatal en que se dejó seducir por aquel hombre hasta el punto de colaborar con la banda de espías de la que él era jefe en Bruselas!

Fue su pasión por el lujo, un lujo superior al que Laroque podía costearle, la que guio sus pasos hasta envolverse en las redes tendidas. Cuando quiso dar marcha atrás, le resultó imposible. Octave la tenía a merced suya, incluso con cartas comprometedoras que la hubieran deshonrado a los ojos del mundo.

Lanzó un suspiro hondo y, realizando supremos esfuerzos para dominarse, avanzó hacia el despacho.

Octave apresuróse a saludarla con una inclinación de cabeza. Cerró ella la puerta tras sí y preguntó, sin corresponder al saludo:

—¿Cómo se ha atrevido a venir a mí casa?

El interrogado pareció sorprenderse, e incluso mostró resentimiento en el tono:

—¿Tiene algo de particular, señora, que una mi testimonio de pésame a los muchos que recibe? Escrutóle ella, e inquirió con valentía:

—¿Es usted ajeno a la muerte de mi esposo?

—¡Qué pregunta! ¿Cómo ha podido imaginar…? Precisamente tenía del señor Laroque elevado concepto y escotaba mucho de él en favor de nuestro desdichado amigo señor Doyaux. Me produce verdadera pena lo ocurrido, créalo. No alcanzo a comprender los móviles de ese asesinato.

Hubo una pequeña pausa. Ambos interlocutores se observaron atentamente.

—Siéntese —invitó al fin Patricia.

Octave Evergent dio las gracias con un ademán. Y cuando se hubo acomodado, dijo:

—Como le anuncié en la malhadada fiesta del citado señor Doyaux, tenemos necesidad de que preste usted un nuevo servicio a la Organización.

—Creo recordar —contestó ella— que mi respuesta fue negativa. Y si ya entonces tenía el propósito de apartarme de ustedes, ¡imagínese hasta qué punto habré llegado después de estos terribles sucesos!

Evergent no dio señales de disgusto. Hizo un amplio movimiento de brazos al exclamar:

—Comprendo, comprendo lo alterados que sus nervios han de encontrarse, la situación de su ánimo, lo grato que le resultaría no saber nada de nada… Pero las circunstancias se imponen, señora. El trabajo que se le va a encomendar es de sumo interés para todos nosotros. Nos consta que el embajador de los Estados Unidos en Bélgica ha recibido documentos muy importantes en relación con una labor de contraespionaje que se va a llevar a cabo. Usted tiene estrecha amistad con la esposa de dicho embajador y es necesario que la ponga en juego, con el fin de averiguar lo que esos documentos encierran. Se le darán instrucciones…

Interrumpióle Patricia con una energía que a ella misma causó asombro:

—¡Basta, señor Evergent! ¡Le prohíbo que continúe hablándome del asunto! ¡Sabré callar hasta la muerte, pero no daré un nuevo paso que entrañe colaboración! En medio de todo, mis relaciones con la “Empresa” han sido siempre algo muy especial. De sus componentes solo conozco a usted, pues al señor Doyaux no hay ya para qué aludirle. Estuve y estoy al margen de sus planes… Poco les podría perjudicar aunque quisiera…

—¿Poco?… ¿Es que el hecho de conocerme a mí no basta para que continúe ligada?

—Ya le he prometido absoluto silencio.

Evergent sonrió casi beatíficamente. Tenía unidas las yemas de los dedos y parecía entretenerse en las flexiones que de este modo lograba hacer en sus manos.

Dijo al fin:

—Promesa la suya muy interesante, pero poco satisfactoria. Desde luego, si usted me traicionase, o simplemente cometiese una imprudencia de bulto, pagaría con la vida, por bien que se escondiese. Pero no se trata de esa posibilidad, creo sinceramente que no le ha pasado por la imaginación tal idea, sino de que obedezca como en otras ocasiones.

—¡No lo haré!

—Por favor, señora… No me obligue a insistir sobre cuál es su obligación ni a emplear amenazas de mal gusto. Se le retribuirá bien este trabajo y… a menos que surja algo imprevisto, permanecerá tranquila una buena temporada.

—Es inútil que insista, señor Evergent.

—¿Olvida lo que le puede suceder? ¿Ya no recuerda determinadas cartas…?

—Muerto mi esposo, el temor a esas cartas amorosas, que en mala hora escribí al necio secretario que tenía, y que usted no sé cómo consiguió, ha disminuido mucho. Abandonaré Bruselas, trasladándome a dónde no me pueda alcanzar su clamoreo.

—De todos modos, no me negará que la cosa es fuerte. Además, existen otros castigos…

Patricia se incorporó, dando por acabada la entrevista.

—No trata de amedrentarme, señor Evergent. Concédame la libertad y seamos buenos amigos.

—Se la concederé… probablemente, cuando haya llevado a cabo la misión que le he expuesto a grandes rasgos.

—¡De ningún modo!

—Reflexione con calma —miró su reloj—. Son las cuatro de la tarde… Hasta las diez tiene tiempo para decidirse. Telefonéeme a esa hora. Si no lo hace, pensaré que, en efecto, es irrevocable su resolución. Adiós, señora. Le repito mi condolencia por su desgracia.

Inclinóse más profundamente aún que antes, y abandonó el despacho…

Dejóse caer Patricia en un sillón y hundió el rostro entre las manos.

Toda la energía demostrada en el transcurso de la entrevista se esfumó en pocos minutos. Se consideró como lo que era en realidad: una pobre mujer desvalida, una pecadora, como hay tantas, en situación de lamentar tardíamente haberse apartado del sendero del bien.

Durante el resto del día mostróse inquieta, desasosegada. Susana lo advirtió, le hizo preguntas, procuró consolarla.

Hubo momentos en que la viuda sintióse impulsada a la confidencia más no lo hizo. La seguridad de verse despreciada por su sobrina selló su boca.

—Tengo el propósito —dijo a esta— de que nos traslademos inmediatamente a Chicago. Allí contamos con familia; aquí, muerto tu tío, ¿qué nos retiene?

La joven se encogió de hombros. Su estado de ánimo era tal, que todo dábale lo mismo.

El mayordomo, en una de sus pasadas, enteróse de tal propósito.

* * *

Transcurrió, con exceso, el plazo marcado por Evergent.

Patricia, luego de terrible lucha moral, marcó un número en el teléfono; más no el que correspondía a la casa de quien esperaba conocer su decisión.

—¿Es la Comisaría? —preguntó con voz insegura—. Aquí…

Una mano oculta cortó los hilos.

Patricia, que ya había obtenido respuesta, insistió una vez y otra. Al darse cuenta de que algo anómalo acababa de pasar, dejó caer el aparato y corrió en busca de Sue. Notóse acometida por mía invencible sensación de pánico.

—¿Qué te ocurre? —inquirió la muchacha.

—Tengo miedo; un miedo espantoso.

—Pero miedo ¿a qué?… ¿Por qué?…

—He intentado telefonear y de pronto se ha cortado la comunicación…

—¿Y eso te preocupa? Suele ocurrir con mucha frecuencia; cualquier avería…

—Sí…; puede que estés en lo cierto; pero… Estoy aterrada; parece como si advirtiera algo en el ambiente que presagiase nuevas desdichas.

—Tranquilízate. Son los nervios; nuestros pobres nervios que se hallan a punto de estallar.

—Me horripila la idea de quedarnos solas en este caserón tan grande…

—Ya lo hemos hecho otras noches.

—Sí, pero esta…

Apareció el mayordomo, silencioso, fantasmal.

—¿Las señoras desean algo?

Patricia se sobresaltó. Sue esbozó una sonrisa.

—Ya ves, tía, cómo no estamos solas. Franz no abandona la casa.

—Desde luego.

Tranquilizóse un poco la viuda.

—¿Cómo es que ha acudido sin que se le llame?

—Perdone la señora. Pasaba cerca… las oí hablar de modo excitado y admití que mi presencia pudiera serles de utilidad.

—Gracias, Franz —repuso Susana, amable—. Sí, ha entrado usted oportunamente. Mi tía padece una crisis nerviosa. La situación no es para menos.

—Comprendo perfectamente, señorita, y me permito aconsejar que se tranquilicen y descansen. Nada hay que temer aquí… Aunque de todos modos, yo vigilo siempre.

—Contamos con ello. Buenas noches.

El mayordomo se dobló, reverente.

Tía y sobrina, al quedar otra vez solas, notáronse reconfortadas. La presencia de aquel hombre, a quién habían olvidado, significábales, a

su juicio, motivo de seguridad.

Conversaron durante algún tiempo de cosas ligeras, animadas por el propósito de distraerse.

Por fin la viuda resolvió retirarse a dormir.

—Te acompañaré a tu cuarto —ofreció Sue.

Salieron juntas.

De pronto, exclamó Patricia, marcado de nuevo el terror en el semblante:

—¡Mira!

Y señalaba los hilos del teléfono.

—¡Están cortados!

—Cortados… sí: Por eso no pude comunicar.

Se contemplaron atónitas. Sue reaccionó pronto, haciendo gala de entereza.

—Esto es significativo… muy significativo.

—¡Hay que avisar a la policía!

—A la policía, me parece prematuro; pero a Billy o a Perry, sí. Ellos nos aconsejarán lo más prudente. Es posible que pueda localizárseles en sus hospedajes respectivos. Diré a Franz que les llame desde cualquier casa vecina.

Pulsó un timbre repetidas veces. El mayordomo no apareció.

—¡Qué extraño! —comentó la viuda—. ¡Y él es el que va a velar nuestro descanso…!

—Habrá salido un momento a cualquier sitio. No debemos perder tiempo. Telefonearé yo desde el piso de arriba.

—No tardes.

—No, no…

Salió Sue. Patricia adentróse en la habitación próxima. De pronto quedóse inmóvil, con la sensación horrible de que tras ella había alguien. Realizando un esfuerzo sin límites, dio media vuelta.

El mayordomo encontrábase allí, mirándola fijamente, cual si la quisiera hipnotizar.

Tartamudeó ella:

—¿Es… usted? ¡Qué susto… me ha dado! ¿Dónde estaba? ¿Por qué no acudió? ¿Qué desea ahora?

Retrocedía instintivamente mientras Franz avanzaba.

Quiso gritar, pero no tuvo tiempo. Las huesudas y enguantadas manos del mayordomo cerráronsele como garras sobre el cuello y apretaron, apretaron…

Al abrirse, el cadáver de Patricia Parmenter cayó pesadamente sobre la alfombra.

Retiróse de espaldas el asesino y desapareció tras las cortinas de la inmediata puerta.

Transcurrieron los minutos.

Susana —fracasada en el intento de localizar a Billy, pero habiendo conseguido hablar con Perry, el cual prometió visitarla enseguida—, torno a su casa, abriendo con el llavín que, a propósito, tomara al marchar.

Habló con voz alta desde el amplio pasillo:

—Ya estoy aquí, tía. He tardado un poco porque telefoneé a Billy a varios sitios…

Empujó la puerta de la estancia en que habíase desarrollado el repugnante crimen.

Al ver el cadáver, un grito de horror escapó de su garganta. Quiso hablar y no pudo. La noche se hizo en su cerebro. Dobláronsele las piernas y cayó sin sentido.

Las cortinas que ocultaban al mayordomo tornaron a descorrerse, muy despacio, y la ominosa figura de este apareció otra vez. Su rostro cadavérico hallábase desencajado.

Avanzó haría la exánime joven, las manos extendidas, prontas a repetir la “hazaña”.

Un ligero ruido le detuvo, obligándole a volverse entre temeroso e iracundo.

Ante él se hallaba «El Encapuchado gris» empuñando una pistola con el tubo silenciador puesto.

En un movimiento instintivo de defensa, quiso el mayordomo buscar un arma.

—¡Maldita hiena! —rugió “El encapuchado”.

Su revólver escupió plomo.

Con una bala en el corazón, Franz desplomóse de bruces para no levantarse más.

Walter se alzó un momento la máscara para contemplar mejor a la joven. Enseguida volvió a dejarla caer sobre su rostro.

—Señorita… —dijo inclinándose y en el extraño tono que había adoptado para el personaje que encarnaba.

Hizo cuanto estuvo a su alcance para reanimarla.

Sue desentornó los párpados y los volvió a cerrar, viendo cerca de su rostro las brillantes pupilas que la miraban a través de los agujeros de la capucha.

—Tiene que ser fuerte. No corre peligro. Llegué en el momento en que su mayordomo la iba a asesinar. Él, sin duda, mató a la señora Parmenter. Ya no causará más daño a nadie. Está muerto.

—¡Muerto! —repitió Sue, pasando en derredor la mirada llena de espanto.

—Le maté yo.

—¿Quién es usted?

—Un amigo. No mire los cadáveres. Salga de aquí. Váyase a una casa cualquiera de la vecindad. Llame a la policía.

La ayudó a incorporarse, empujándola luego hacia la puerta de salida.

—No mencione mi intervención en el asunto —recomendó “El encapuchado” en el momento de retirarse.

Asintió ella con un gesto casi instintivo. Abrió la puerta y echó a correr.

Walter salió como había entrado: utilizando uno de los balcones que daban sobre la parte más obscura del jardín.

Capítulo IV
ACTO MACABRO

En otras circunstancias, quizá la policía de Bruselas no hubiera concebido apenas atención a la llamada telefónica que quedó cortada a raíz de iniciarse, pues son muchas las personas que se arrepienten de efectuar una denuncia en el momento justo de comenzar a hacerla; pero los recientes crímenes, y sobre todo el de Laroque, habían levantado una polvareda enorme, y no se dejaba ningún cabo suelto por insignificante que pudiera parecer. En muy poco tiempo quedó localizado el número del teléfono en cuestión; y al comprobar que pertenecía, precisamente, al domicilio del magistrado muerto, otorgóse al hecho importancia y se hizo lo necesario con el fin de establecer la comunicación.

Como nadie respondiera, dispúsose que dos agentes se ocupasen en averiguar lo que pudiese haber de anómalo en aquello.

En el momento en que los designados iban a salir, repiqueteó el timbre del teléfono y una alterada voz de hombre —la del vecino en cuya casa fue a refugiarse Sue —dio cuenta del trágico suceso.

Inmediatamente el número de policías fue ampliado a ocho, y al frente de los mismos se puso el comisario Baele, de gran prestigio dentro de la profesión.

Perry llegó junto a Susana minutos antes que los representantes de la Ley. La expresión de la joven imponía. Las facciones habíansele endurecido y los ojos, cuajados de lágrimas, le brillaban de modo siniestro.

—¡Sue! ¿Qué ocurre?

—¡Oh, Perry…!

No lograba apenas hablar. Hubo de ser la familia amiga la que informase al muchacho, quien abrió mucho, ojos y boca, en gesto de estupor incontenible. Se repuso, no obstante, en breves segundos y demostró una serenidad insospechada. Dio instrucciones, infundió alientos…

Cuando la policía llamó, acudió a recibirla, cambió un saludo con el comisario, rogándole el mayor tacto para, con Sue, cuyo estado de ánimo inspiraba recelos, y trasladóle lo que acababa de saber.

Baele, comprensivo, actuó de manera afectuosa, casi paternal. Sus frases fueron alentadoras y no quiso violentar a la joven para que precipitase la declaración. Por el contrario, le recomendó calma, mientras él y sus hombres echaban un vistazo a la casa del crimen.

Susana, reconfortada en parte con las demostraciones de afecto que

recibía, fue controlando su sistema nervioso. Tras no pocas vacilaciones, dijo a Perry, en susurro, aprovechando unos momentos en que quedó a solas con él:

—Hay algo más: algo que no he dicho a nadie y que voy a comunicar a usted, porque me inspira gran confianza y porque necesito el consejo de personas que verdaderamente me estimen.

—Agradezco esa distinción de que me hace objeto. Hábleme sin reservas.

Le expuso ella entonces la intervención del “encapuchado”, sin omitir la vez primera en que le vio en el jardín de la casa.

Perry no fingió enorme sorpresa.

—¿Opina usted —quiso saber la joven— que debo comunicárselo a la policía?

—La cosa es peliaguda —repuso él, pensativo—. No decir la verdad a los servidores de la Justicia equivale a un delito; pero… por otra parte, dadas las circunstancias que concurren en este caso… No sé, no sé; existe el peligro de que ese defensor se convierta en ofensor suyo si le desobedece Posiblemente desea que nadie se ocupe de él y, si se le menciona, pronto será del dominio público su existencia.

Al expresarse así tornaba a ser el hombre pusilánime, temeroso siempre de las consecuencias que todo paso pudiera tener.

—¿Entonces…? —apremió ella.

—Yo, en su lugar, no diría una palabra.

—Tendré que falsear los hechos.

—Hasta cierto punto, sí. Refiera toda la verdad, pero, cuando llegue al momento en que se desvaneció por haber visto a su tía muerta, diga que el cadáver del mayordomo, en el cual no había reparado antes, estaba también allí y usted huyó presa de pánico.

La sugerencia satisfizo a la joven, pues coincidió con su propio deseo Más que por temor, por gratitud al “encapuchado” deseaba obedecerle.

—En medio de todo —dijo como disculpándose—, si hablo de ese ser misterioso me expongo a que no me crean, a que se burlen, incluso, pensando que se trata de una fantasía.

—Ni más ni menos. Y si llegara a descubrirse que había usted mentido, siempre cabria la excusa de que el terror la perturbó, impidiéndole darse cuenta exacta de la realidad.

—Tiene usted razón. No aludiré para nada a ese desconocido. ¡Es horrible cuanto me sucede! Hoy mismo me había hablado mi pobre tía de abandonar Bruselas y trasladarnos a Chicago, donde tenemos parientes. ¡Lo haré tan pronto como las autoridades me autoricen!

—Es una buena idea. También cuento yo con familia allí Varias veces he sido invitado a visitarla. No tendría nada de particular que nos encontrásemos.

Hubieron de suspender el confidencial diálogo porque aproximábanse a ellos nuevos vecinos, deseosos de testimoniar a la joven sus sentimientos.

Perry se excusó diciendo:

—Volveré pronto, Sue, pero siento curiosidad en ver el escenario del crimen.

—Acaso no le dejen entrar.

—Diré que soy casi de la familia.

En efecto, no le opusieron dificultades.

Baele, luego de una primera ojeada sobre todo, había ordenado a uno de los agentes que telefonease para que acudieran el fotógrafo, un experto en huellas, el forense y el juez. Mientras llegaban, habíase consagrado a la inspección de cuanto pudiera haber de interesante.

Kettering —cuidándose mucho de no tocar nada, a fin de que ningún policía le llamase la atención— permanecía relativamente alejado, más insignificante e inadvertido que nunca.

Al cabo de algunos minutos abandonó la sala y se deslizó sigilosamente por uno de los pasillos que conducía a las habitaciones particulares de Patricia. Adentróse en ellas. Cuando se disponía a cerrar, una voz harto conocida le saludó:

—¡Hola, querido Perry!

—¡Jefe!

Walter encontrábase allí.

—Venía a registrar esto —anunció el pelirrojo.

—No se le escapa nada. Le felicitó. Ya lo he hecho yo.

—¿Tiene bien cubierta la salida?

—Conozco la casa palmo a palmo. Sobran sitios donde ocultarse, si llega a hacer falta.

—¿Encontró algo de interés?

—Sí. En el departamento secreto de un mueble había algunas cosillas. Tenga varias. Muéstreselas a Billy Gragg como halladas por usted mismo. Interesa que continúen trabajando juntos. Destruiré las que perjudicaban a la muerta.

—De acuerdo.

Entregó Walter a Kettering algunos papeles, mientras seguía dándole concretas instrucciones. Luego desapareció por una de las puertas laterales. El pelirrojo le miró ir, reflejando la admiración que sentía por aquel hombre.

Tras breve pausa, desanduvo el camino y fue a reunirse con los demás.

Las personas llamadas por orden del comisario acababan de acudir, y lleváronse a efecto las formalidades propias del caso. Ordenóse el levantamiento de los cadáveres. Baele, luego de dar órdenes a sus subordinados, subió a interrogar a Sue, encontrándola relativamente

serena. Perry fue con él.

Refirió la muchacha el drama, de acuerdo en un todo con la sugerencia que le hiciese el entomólogo. No vaciló ante ninguna de las preguntas.

El comisario, al marcharse, prometió hacer todo lo humanamente posible para esclarecer los hechos.

Perry quedó todavía algún tiempo junto a Susana. La familia en cuya casa habíase refugiado esta, se aprestó cariñosamente a tenerla consigo cuánto tiempo desease.

⋆ ⋆ ⋆

Acababa Billy Gragg de meterse en la cama cuando le anunciaron, por el teléfono interior, que Perry deseaba verle con urgencia.

—Que suba a mí dormitorio —autorizó, sin vacilar.

Vistióse rápidamente un batín sobre el pijama y acudió a abrir la puerta.

—Mi querido amigo, ¿qué sucede?

—¡Algo terrible, escalofriante!

—¡Caramba, no emplee esas frases de melodrama malo!

Kettering denotaba excitación inmensa. Billy le señaló una silla, añadiendo:

—Procure calmarse.

—¡La señora Parmenter ha sido asesinada, como asimismo su mayordomo!

—¡Eh!

Más que pregunta pareció un rugido lo lanzado por Gragg. Colocó ambas manos sobre los hombros del pelirrojo y zarandeóle casi con violencia, diciendo:

—¡Despierte! ¿Qué disparate es el que se le acaba de ocurrir?

Perry no exteriorizó disgusto por aquel trato. Un principio de sonrisa suave apareció en su boca.

—Me hago cargo del efecto que le han producido mis palabras. Desgraciadamente, responden a la pura verdad. Vengo ahora de dejar a Sue. Ya han levantado los cadáveres. La policía ha comenzado sus actuaciones.

Billy tomó asiento, desplomándose casi sobre la cama.

—¿No le ha sucedido nada malo… a ella?

—¿Se refiere a Susana?

—¡Naturalmente!

—No, pero estuvo a punto de ocurrirle. El mayordomo la quiso estrangular, luego de haber acabado con Patricia.

—¿El mayordomo?… Pero… ¿qué lío es ese? ¿No acaba de decirme que ha muerto también?

—En efecto. Escúcheme con calma. Hemos convenido en colaborar y no debo ocultarle cosa alguna. La casualidad ha querido que sea yo, en vez de usted, quien intervenga en el asunto, pues Sue le telefoneó primero sin conseguir encontrarle. Hay en el fondo de todo esto algo misterioso.

Y refirióle cuanto sabía, incluso la intervención del “encapuchado”.

Terminó diciendo:

—He encarecida a Susana que no cite a ese personaje en sus declaraciones, tanto para evitar que la haga víctima de su furia, como porque quizá nos resulte más fácil desenvolvernos si somos los únicos enterados de ese aspecto de la cuestión.

—Bien, muy bien —aprobó Billy, fruncido el ceño—. Me está usted resultando un colaborador ideal. De todos modos, temo que ese encapuchado sea una figura forjada por la fantasía de Sue, como consecuencia de la impresión.

—Ella teme que lo crean así; no obstante, insiste en deberle la vida.

—Bien; estudiaremos el caso.

—He hecho algo más. Verdaderamente me encuentro asustado de mi propia audacia.

—¿Qué ha sido?

Registrar el dormitorio de la señora Parmenter. Vea lo que he encontrado.

Entregó a Billy los papeles. Este los examinó con atención e hizo un gesto inexpresivo.

—Cartas de amigas… Facturas… No creo que esto encierre la menor importancia.

—Yo no he tenido tiempo de examinarlo bien. Por otra parte… ¡entiendo tan poco de tales cosas!… Lo guardé por si hallaba usted en ello algo curioso.

Gragg sonrió ampliamente. Aquel detalle de aprendiz de policía le hizo gracia.

No quiso decepcionar al pelirrojo y le felicitó, mostrando entusiasmo.

—Ha hecho usted lo indicado en situaciones de esta índole. ¿Quién sabe si a lo mejor esto que parece nada guarda la clave del misterio?

—¿Se burla?

—Le aseguro que no.

Resplandeció gozoso el semblante de Perry.

—Me satisface oírle —declaró—. Sus frases me alientan de tal modo que me siento capaz de hacer grandes cosas.

Billy aplaudió con un expresivo gesto el entusiasmo del entomólogo mientras comenzaba a vestirse.

—¿Va usted a salir?

—Desde luego. Quiero ver a Sue.

—Es un poco tarde y… está en una casa extraña.

—Ya pediré disculpas. Me resultaría imposible dormir si no la visitase esta misma noche.

Despidióse Kettering, escuchando nuevas felicitaciones. Poco después, Billy telefoneaba al domicilio provisional de Susana solicitando permiso para ir.

Otorgóselo ella, no obstante lo avanzado de la hora. Él tomó el primer coche que encontró al paso.

La entrevista estuvo careada de interés y emoción. Billy temblaba al considerar por segunda vez el peligro que había amenazado a armella criatura. Cuando la oyó referirle, en voz muy alta, lo del encapuchado, escrutóla fijamente y adquirió el convencimiento de que no escuchaba una invención de los sentidos.

Al despedirse reanudó sus promesas.

* * *

Mediada la mañana del siguiente día, Perry, sin decir nada a nadie, trasladóse a la quinta de Walter Doyaux.

Llamó insistentemente a la puerta de la verja que circundaba el jardín, sin que acudiese nadie a abrirle. No se entretuvo en vacilaciones. La escaló, saltando dentro. Con aire distraído, cual si no le interesase nada en particular, fue acercándose al punto donde Clyde fuera asesinado. Allí, sus ojos cobraron animación. Paso a paso, recorriendo con la vista cuanto le rodeaba, inspeccionó el lugar, abstrayéndose por completo en sus investigaciones.

Tras él, oculto, haciendo gala de sigilo asombroso, avanzaba Octave. Llevaba la diestra oculta en el bolsillo exterior de la americana acariciando el puñal que en él llevaba.

Cuando la distancia que les separaba quedó reducida a tres metros, contuvo hasta la respiración.

Unos instantes más y la acerada hoja se hundiría en la espalda del pelirrojo. Más de pronto este se volvió. Sus ojos reflejaron grata sorpresa y en los labios dibujóse una simpática sonrisa.

—¡Caramba, señor Evergent, usted aquí!… Debe perdonar esta intrusión… Llamé a la puerta y al no contestarme nadie me permití saltar. Ya sabe que soy gran aficionado, a la entomología y he creído que en este jardín encontraría ejemplares curiosos…

Avanzaba tendiéndole la mano. Octave estrechósela, sonriendo a su vez. Ante la imposibilidad de cometer el crimen impunemente decidió en el acto su aplazamiento.

—Mucho gusto en saludarle, señor Kettering. No tiene por qué pedirme excusas. Me hago cargo de lo que es la ciencia para los que en verdad la aman. No le había reconocido. Le vi desde lejos y vine a

comprobar de quién se trataba. Puede usted continuar, y cuando termine, subir a la casa, si gusta. Como administrador general del pobre señor Doyaux he sido autorizado para vivir en ella, a fin de vigilar cuanto contiene, hasta tanto aparezcan los herederos o se determine lo que legalmente proceda.

—Muy amable, amigo mío, pero no le quiero molestar. No es la casa lo que me interesa, sino el jardín.

—De todos modos…

—Otro día tendré el gusto de visitarle. Un amigo me espera en coche cerca…

Evergent se estremeció al considerar el riesgo que había estado a punto de correr si hubiera cometido el crimen. Despidióse cortésmente, y no sin cierta torpeza. Perry, más sobre aviso que antes, aunque fingiendo absoluta naturalidad, continuó algún tiempo su caza de "insectos".

Había visto a Octave mucho antes de darle la cara y adivinó sus malas intenciones; pero no estimó prudente exteriorizarlo, y por ello se comportó de tal manera.

Por fin dispúsose a abandonar la quinta.

Asomado a una de las ventanas, preguntóle Evergent:

—¿Encontró lo que buscaba?

—Creo que sí.

—Le felicito.

—Gracias. Hasta otro día.

—Hasta cuando guste.

⋆ ⋆ ⋆

Apenas se hubieron iniciado las sombras de la noche, Perry Kettering dirigióse otra vez a la quinta de Walter Doyaux. Pero no lo hizo como durante la mañana, sin adoptar precauciones, sino que condujo su pequeño auto por los senderos menos concurridos y lo dejó al abrigo de unos árboles relativamente próximos al lugar que le interesaba. Allí echó pie a tierra y fue deslizándose como una sombra hacia un punto estratégico desde donde le resultara posible ver todas las puertas de la hacienda en cuestión.

La espera se hizo larga. Kettering llegó a temer que su trabajo resultara infructuoso, por lo menos aquella noche; más no llegó a impacientarse. En su léxico carecía de sentido la palabra "prisa". Walter habíale dado la orden de vigilar a Evergent, como asimismo a todos los que con él se relacionaran, y no le hubiera importado, de ser preciso, pasarse meses enteros dedicando sus preferencias a tal labor.

La luna llena bañaba por completo el panorama.

Perry vio por fin que una de las puertas traseras del edificio se abría

y reconoció la figura baja y rechoncha de Octave Evergent, el cual se dirigía al garaje, de donde salió a los pocos minutos conduciendo un coche de modesta apariencia. Corrió el pelirrojo hacia el suyo, y esperó. Cuando el de delante hubo tomado el camino de la ciudad, fue tras él, conservando prudencial distancia.

Cruzaron diversas calles, hasta que Evergent se detuvo en la de Van Artevelde, junto a una casa de dos pisos, en la cual penetró valiéndose de un llavín.

Paseó Kettering la mirada en derredor. Un bar de aspecto triste, a pesar de los ruidos con que el aparato de radio parecía querer animar a los escasos concurrentes, atrajo su atención, pues desde sus ventanas le sería fácil vigilar el edificio que le importaba. Dejó cerca el automóvil y acomodóse donde conveníale.



—Me gustaría matarles, pero… aún no les ha llegado la hora.

Llevaba apenas diez minutos en aquel observatorio cuando vio detenerse ante la misma casa en que entrara Evergent, a un hombre cuyo rostro le era perfectamente conocido. Tratábase de Paul Cauvelart, médico de la prisión a dónde fuera llevado Walter.

El recién llegado tampoco se entretuvo en llamar. Abrió por sí mismo, y cerró inmediatamente tras sí.

Perry abonó el importe de lo consumido y fue rápidamente hacia la próxima cabina de un teléfono público. Marcó un número, no tardando en oír la voz inconfundible de Walter Doyaux.

Cambiaron, a pesar de todo, una breve contraseña, y el pelirrojo informó al que escuchaba lo que había visto.

La noticia de que el médico de la Prisión se hubiese reunido con Evergent preocupó a Walter, el cual, tras reflexionar brevemente, dijo:

—Interesaría saber de qué tratan.

—Lo intentaré, jefe.

—Pero no enseguida. Deje transcurrir diez minutos, que es el tiempo que yo preciso. Escuche la descripción exacta de la casa.

Kettering prestó atención suma a la especie de plano verbal que se le hacía, así como al resto de las instrucciones que Doyaux tuvo a bien darle.

Terminada la conferencia, y basándose en tales instrucciones, hizo otra llamada telefónica.

Volvió a la calle y paseó con aire indiferente hasta que hubieron transcurrido los diez minutos indicados por Walter. Luego encaminóse a la parte trasera del edificio en cuestión, el cual mostraba, por aquel lado otra puerta y dos ventanas cerradas herméticamente.

Miró con disimulo en todas direcciones. No había nadie a la vista. Demostró entonces saber desenvolverse demasiado bien para ser, como se llamaba a sí mismo, un simple aspirante a aprendiz de policía. Sus manos operaron en la cerradura de modo tan hábil que en un minuto escaso esta cedió sin ningún ruido.

Encontróse el muchacho en una habitación mal alumbrada y con escasos muebles.

Pistola en mano inició el avance sin que sus pies pareciesen apoyarse en el suelo. Luego de cruzar varias dependencias a obscuras, pues no juzgó prudente encender la linterna de bolsillo, descubrió los peldaños de una amplia escalera que recibía tenue luz desde el piso de arriba. Los subió, sigiloso como un indio, y encontróse en un corredor estrecho y largo. Por las rendijas de una de las puertas filtrábase la luz. Antes de llegar oyó pasos que subían la misma escalera. Acercóse mucho a la pared y amartilló el arma.

—¡Billy! —exclamó en susurro, reconociendo a quién llegaba.

—¡Perry! —respondió el joven, en el mismo tono—. ¿Qué hace usted aquí?

—Vigilo a Octave Evergent.

—También yo.

—Le he visto entrar hace un rato. Luego ha llegado el médico de la Prisión Central.

—Es usted un valiente, Perry.

—No lo crea. Antes de aventurarme a esta gestión he telefoneado a unos amigos policías, los cuales se encuentran ya seguramente vigilando la casa. Si oyen algo sospechoso o tardo en salir, se abrirán paso a tiros.

—¡Soberbio…!

El diálogo había tenido lugar con el aliento casi.

Aproximáronse los dos a la habitación iluminada y escucharon con interés sumo.

En aquel momento hablaba el médico de la cárcel:

—Me es imposible asegurarlo. Lo único que puedo decir es que yo no vi el cadáver de Walter Doyaux. Llegué tarde; habíanle dado ya sepultura. Supuse que mi compañero habría certificado la defunción; pero al comentarlo con él le vi algo raro en la cara. Es hombre que no sabe disimular. Como la cosa me pareció interesante, telefoneé a usted para que nos viésemos aquí esta noche. Eso es todo.

Evergent dijo palabras ininteligibles para Perry y Billy, los cuales mirábanse denotando estupor.

La puerta sobre la que se apoyaban abrióse violentamente, y los dos muchachos precipitáronse en la estancia contra su voluntad. Antes de que les fuera posible recobrar el equilibrio. Evergent y el médico se habían arrobado sobre ellos como fieras.

Kettering recibió tan fuerte golpe en el brazo que perdió el arma que empuñaba.

Trabóse entonces una silenciosa lucha a brazo partido, en la que menudearon los puñetazos.

Billy y Perry llevaban las de perder. Sus contrincantes, además de ser fuertes, aprovecháronse bien del factor sorpresa:

Cuando se hallaban en el suelo, teniendo encima a los enemigos, una voz ronca ordenó:

—¡Quietos todos!

“El encapuchado gris” encañonábales con una pistola.

Paralizáronse los antagonistas.

—¡Levántense! —siguió mandando el aparecido.

Obedecieron los conminados, y añadió aquel:

—Pónganse de espaldas y con los brazos bien altos. Tiraré a matar si noto algún movimiento desagradable.

Ninguno pensó en la rebelión.

Con destreza fue aquel registrándoles y apoderándose de cuantas armas llevaban encima.

Perry hubo de morderse los labios para matar la sonrisa que le produjo el hecho de que su jefe le cachease.

El encapuchado guardóse en los bolsillos los peligrosos adminículos y ordenó a Kettering y Gragg:

—¡Lárguense pronto de aquí!

No esperaron los jóvenes a que se les repitiese la frase. Con rapidez dirigiéronse hacia el piso inferior.

Siempre desfigurando la voz, dijo el dueño de la situación a los que quedaban:

—Me gustaría matarles, pero aún no les ha llegado la hora. Ni siquiera deseo que caigan en poder de la Policía, la cual tardará poco en

entrar aquí. Nada les haré hoy… a menos que me obliguen. Permanezcan quietos hasta que transcurra un minuto. Pasado ese tiempo, derriben la puerta y huyan. Si lo hacen antes les cazaré como a conejos.

Evergent y el médico dieron por seguro que no se les amenazaba en vano. Temblaban, a la par que esforzábanse en comprender lo que les venía ocurriendo.

Retrocedió de espaldas el encapuchado y cerró por fuera con la llave que había en la cerradura.

Bajó a saltos los escalones.

Ya en el otro piso, en vez de dirigirse a las salidas naturales, oprimió un resorte disimulado frente a la chimenea, la cual se movió pesadamente, dejando al descubierto una galería. Penetró en ella y cerró por procedimiento análogo.

Quitóse la capucha, guardándola en uno de sus bolsillos.

Las líneas de su rostro habíanse endurecido tanto que no parecía el Walter Doyaux de siempre.

Valiéndose de una linterna eléctrica hirió la obscuridad y avanzó, seguro del camino que pisaba.

* * *

Deliberadamente, Perry “tardó en descubrir” a los dos policías que rondaban la casa. Deseaba, en virtud de las órdenes que Doyaux le diera, ganar algunos minutos.

Por fin anunció a Billy:

—Ahí están mis amigos. ¿Les decimos la verdad?

—¿Por qué no?

—Pues… no sé… quizá convendría seguir trabajando por nuestra cuenta.

—La cosa se complica con exceso —opinó Billy—. Será preferible no hacer tapujos.

—Bien; si lo cree así… De todos modos, por lo menos, lo del encapuchado deberíamos reservárnoslo.

—¡Ni siquiera eso!

Los agentes se aproximaban ya y saludaron a Kettering, el cual les dio cuenta de la aventura que acababan de correr.

—¡Entremos! —decidió uno.

Fue Billy esta vez quien demostró manejar adecuadamente las ganzúas. Operó en la cerradura de la puerta principal y abrió en contados segundos.

Los policías llevaban amartilladas las pistolas.

El registro resultó infructuoso. No encontraron a nadie en el interior.

—Deben haber escapado por la puerta de atrás —opinó Kettering.

—O por alguna salida secreta —sugirió Billy.

Pero, por más que buscaron, nadie encontró indicios de que la tal salida existiese.

Los agentes, haciéndose acompañar por Perry y Billy, fueron a dar cuenta a sus superiores del servicio llevado a cabo.

El efecto que produjo el informe resultó tan grande que, media hora más tarde, el jefe superior de Policía quiso oírlo repetir a los propios protagonistas.

—Me permito sugerir la conveniencia de que sea exhumado el cadáver… si es que existe, de Walter Doyaux —dijo Billy.

Torció el gesto el que escuchaba, pero el muchacho insistió, dando a entender, sin conato de amenaza, que de no hacerse así la Prensa hablaría del suceso aumentando el escándalo que ya imperaba en la ciudad.

—Hemos de evitar que tal cosa ocurra —repuso el jefe—. Estudiaré el caso, y se hará lo procedente.

Los dos jóvenes salieron juntos. Iban verdaderamente preocupados.

—Esto no me gusta nada —declaró Billy.

—A mí, sí —repuso Perry—. Las emociones que estoy viviendo superan a cuanto imaginé.

—¡Y parecía usted, perdone la franqueza, un muchacho pacífico, pusilánime; un…!

—Un pobre hombre, vaya.

—¡Tanto como eso…!

—Dígalo, no me importa. Opino que lo soy en realidad. Lo que ocurre es que a veces lleva uno dentro cosas ignoradas que se sobreponen a las conocidas.

Separáronse con un apretón de manos.

Kettering tomó un coche de alquiler; lo dejó junto al Palacio de Bellas Artes y subió a otro que le condujo a Rerogare Sabena. Volvió allí a caminar de vehículo y, por fin, cerca de La Porte de Hal, inició a pie el camino que había de conducirle hacia el pequeño hotelito, medio oculto entre árboles, donde Walter se ocultaba.

Fue recibido con demostraciones de afecto.

—Siéntese, amigo; siéntese. ¿Qué hay de nuevo?

Kettering informó a su jefe de cuanto sabía. Terminó diciendo:

—No me he atrevido a oponer ningún obstáculo a la exhumación que se pretende. Hubiera llamado la atención, incluso de los mismos policías.

—Tampoco yo lo opondré. Mi dinero y mi influencia me han servido de mucho, pero no pienso utilizar ninguna de las dos cosas para eso. Resultaría contraproducente. Yo ignoraba que ese médico de la cárcel perteneciese a la Organización. De haberlo sabido, otra hubiera

sido mi conducta. En fin, ya no tiene remedio.

—Su plan va a desmoronarse; lo cual es una pena después de lo que ha costado.

—Trazaré otro, no se preocupe. En medio de todo… constituye una diversión variar de formas.

⋆ ⋆ ⋆

Al día siguiente, previos los requisitos exigidos por la Ley, procedióse a abrir la tumba, donde, según constaba en el Registro, hallábanse los restos de Walter Doyaux.

Gragg y Kettering obtuvieron permiso para asistir a aquel acto macabro.

Lloviznaba. Balanceábanse los cipreses agitados por el viento. Las nubes plomizas ponían pinceladas tristonas en el ambiente.

Avanzó la comitiva, y dióse principio a la poco grata tarea.

Nadie pronunciaba una palabra.

Apareció el ataúd, manchado de tierra y traspasado por la humedad.

Fue izado. Procedióse a desclavar la tapa.

Nadie respiraba bien.

Un "¡oh!" de asombro escapóse de varias gargantas.

A la vista de todos mostrábase un cuerpo en período de descomposición, pero fácilmente identificable todavía: el cuerpo de un recluso sin parientes condenado a cadena perpetua.

El asombro, verdadero de unos y fingido de otros, hizo durante un largo minuto imperase el silencio.

Poco después, el jefe de Policía dijo, en un aparte, a Kettering y Gragg:

—He autorizado la presencia de ustedes aquí por haber sido los que nos facilitaron los informes del suceso. Espero sigan colaborando con nosotros, a cuyo efecto estimo imprescindible la más absoluta discreción. Respondo de las demás personas que nos rodean. Si algo se divulga…

Interrumpióle Perry:

—Por mí, nada se sabrá.

—Por mí, tampoco —aseguró Billy.

—Gracias. Anoche mismo se ordenó la busca y captura de Octave Evergent y Paul Cauvelart. No han podido ser hallados, pero… ¡ya se les encontrará! Instruiráse expediente al director de la prisión y se detendrá a cuantos intervinieron en la farsa que acabamos de descubrir.

⋆ ⋆ ⋆

El sueño de Perry era tan ligero, sobre todo cuando proponíaselo,

que hubiera bastado para despertarle el vuelo de cualquiera de los insectos que tanto llamaban su atención.

Por eso aquella noche, sin abrir los párpados, tuvo la evidencia de no encontrarse solo en su cuarto del hotel “Brouckere”. En medio de la obscuridad, alguien o algo avanzaba hacia su lecho.

Con sumo cuidado Kettering deslizó la mano bajo la almohada y empuñó la pistola que dejara en tal sitio. Cuando la tuvo bien segura incorporóse rápidamente y oprimió el interruptor de la luz.

El drama se produjo con rapidez de relámpago: un enmascarado se precipitó sobre él hundiéndole un puñal en el pecho. La bala disparada por Perry pasó rozándole.

El asesino iba a repetir el golpe para asegurarse más, pero no lo pudo hacer. En la puerta surgió el encapuchado gris y alojóle una bala en el cuerpo.

Desplomóse el criminal. El encapuchado lo apartó con el pie e inclinóse sobre Kettering.

Llamóle en susurro, ansiosamente:

—Perry… Perry…

El muchacho entreabrió los ojos y le sonrió tenuemente. En susurro también respondió:

—Hola, jefe… No se preocupe… No ha sido nada…

La gente acudía, atraída por los disparos.

Doyaux, aun cuando separarse en aquellos momentos de su valioso colaborador equivalía a un gran sacrificio, no tuvo más remedio que decidirse.

Desapareció con rapidez y se metió en la habitación próxima, cuya puerta dejara previamente entornada.

La estancia en que el drama había tenido lugar llenóse de gente que lanzaba gritos en todos los tonos pidiendo médicos, ordenando que se avisase a la Policía.

Hubo algunos desmayos por parte de personas fácilmente impresionables y, sin embargo, curiosas.

Acudió el gerente del hotel y, luego de vencer el efecto recibido, inclinóse sobre los cuerpos sin tocarles.

—¡Parece que viven ambos…!

Logró imponerse y dictar las órdenes apropiadas.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando Perry recobró el conocimiento sintió en el pecho un dolor agudo. Quiso mover las manos y encontróse sin fuerzas. Percibió un cuchicheo en torno suyo. Abrió los ojos. Cerca de él había una enfermera y uno de los policías amigos que la noche anterior le acompañara a la casa de Evergent.

—Hola, señor Kettering —dijo el muchacho—. Me alegro de que dé señales de vida.

Perry quiso hablar, y la enfermera impidióselo llevándose un dedo a los labios.

Añadió el policía:

—El médico ha ordenado que no se le permita gastar ni un ápice de fuerza. Le diré, sin que me lo pregunte, lo que creo puede interesarle. Hace cerca de veinte horas que le hirieron. Como su estado no permitía trasladarle al hospital, se le ha operado aquí. Varios compañeros, por orden de la superioridad, hemos establecido un turno para salvaguardarle. El canalla que intentó acabar con usted vive todavía. Acosado a preguntas, y quizás porque se ve a las puertas de la muerte, ha declarado que actuó por orden de Octave Evergent. También ha dicho que fue el propio Evergent quien mató a Clyde Hatter con el exclusivo propósito de hundir a Walter Doyaux. Voy ahora a avisar al médico y a mis superiores. Hay gran deseo de que preste usted declaración; pero no se intentará hasta que el facultativo lo autorice. ¿Está satisfecho?

Kettering asintió sin palabras.

Horas más tarde permitiósele recibir visitas, aunque con la condición de no despegar los labios.

Una de ellas fue la de Billy Gragg, quien llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Querido colaborador —entró diciendo—, ¡no han podido con nosotros! También anoche intentaron asesinarme a mí, pero solo pudieron hacerme una herida que no creo tenga graves consecuencias. Usted pudo cazar al enemigo; yo no tuve esa suerte. Me disparó sin dar la cara, oculto tras unas cortinas, y huyó creyendo haber acertado. ¡Póngase pronto bien! ¡Hemos de continuar la lucha hasta el final!

Perry, contraviniendo la orden rigurosa, contestó, envolviendo las palabras en triste sonrisa:

—Me parece que para jugar a policía lo he hecho bastante bien, ¿no cree?

SEGUNDA PARTE

Capítulo Primero
COMO UN ESPECTRO

Desde hacía tres meses largos Walter Doyaux se miraba al espejo repetidas veces cada día.

La azogada luna significábale una atracción invencible. Gesticulaba ante ella, ensayaba ademanes…

En ocasiones denotaban sus negros ojos un secreto afán de encontrarse a sí mismo; otras, por el contrario, alegrábase de ser otro… por lo menos físicamente.

Fueron las manos de cierto japonés especialista en cirugía estética las autoras del milagro.

En realidad, lo que el médico hizo en su rostro fue limitarse a suprimir una pequeña prominencia de la nariz que le afeaba, variar la configuración de los labios y un poco la de las cejas; pero tan sabiamente realizado todo que bastó para lograr el efecto apetecido.

Lejos de perder, la cara de Doyaux había ganado mucho, si bien no era esta cosa que le preocupase lo más mínimo. Jamás concedió importancia a los rasgos exteriores, que para otros constituyen el todo.

Si para el fin que habíase propuesto hubiera sido necesario llegar a la deformación, la habría aceptado sin vacilar. Necesitaba acercarse a personas que le conocían y que no deseaba le reconociesen. Aquel diablo de médico japonés sugirióle la idea que habría de permitirle actuar sin capuchas ni antifaces. No le significó sacrificio alguno someterse a la operación; más aun habiéndolo significado, ¿qué importancia le podía conceder en comparación con la meta de sus afanes?

Como detalles complementarios usaba enhiesto bigote, barba rizosa —ambas cosas naturales dejadas crecer—, canas en las sienes y finos quevedos.

Nadie, por bien ganada fama de buen fisonomista que tuviese, hubiera relacionado a aquel hombre con el brusco millonario que un día, cercano aún, salió misteriosamente de la Prisión Central de Bruselas.

Desde que llegó a Chicago hízose llamar Ronald Peck. Su documentación, perfectamente en regla, lo acreditaba así.

Y como Ronald Peck se creó relaciones, cultivó amistades…

Su prodigalidad allanaba los obstáculos. Para todas las personas a quienes conocía significaba motivo de satisfacción y orgullo el recibirle y presentarle a otras.

Aquella noche, Doyaux examinóse con más detenimiento que de costumbre. Iba a asistir a la fiesta de los señores Springer… Y en la fiesta de los señores Springer —lo sabía bien— encontraría a Susana

Parmenter, llegada a Chicago poco antes.

—¡Bien! —soliloquió—. ¡Continuemos la lucha!

* * *

En un extremo del salón donde se celebraba la fiesta, Billy Gragg, sentado junto a Sue, le vertía al oído frases de pasión.

—La quiero; usted lo sabe. No voy a negar que en mi viaje a Chicago han influido mis obligaciones, pero la causa principal del mismo ha sido seguirla a usted. No podía resignarme a la idea de dejar de verla.

La muchacha sonrió complacida. Billy le era simpático, muy simpático, y aquella prueba de amor le estremecía el alma.

Así se lo hizo saber, aunque añadió seguidamente:

—Habrá de transcurrir tiempo antes de que mi estado de ánimo me permita dar cabida al amor. Continúo trastornada, fuera de mi centro. Solo me encuentro a gusto a solas conmigo misma. He acudido a esta fiesta porque los señores Springer me han obligado…

—Yo esperaré, Sue. El hecho de que en principio se predisponga a quererme, me dará fuerzas para contener mis afanes.

—No he dicho eso…

—Pero me lo declaran sus ojos. Déjeme acariciar esta esperanza.

—Bien, acaríciela, si gusta.

La señora Springer, mujer todavía joven, de carácter vivo y alegre, acercóse a la pareja.

—Observo que te animas, Sue. No sabes cuánto me satisface —dijo, y añadió, dirigiéndose a Billy—: He tenido que librar una verdadera batalla para obligarla a venir. Todos los buenos amigos deben ayudarme a desterrar esa tristeza que la consume.

—Yo haré lo humanamente posible para conseguirlo —respondió Gragg, sonriendo—. Si he de ser sincero, confesaré que me agradaría ser el único que alcanzase esa ventura.

Comprensiva, murmuró la señora Springer:

—Entiendo. ¡Adelante, pues!

Y se alejó llevando en los labios una sonrisa que le iluminaba el rostro.

Iba Billy a insistir sobre el tema cuando la joven le interrumpió.

—¡Mire!… ¡Si es Perry…!

—¡Caramba, es verdad!

En efecto, Kettering acababa de entrar en la gran sala. Parecía más débil y hasta más pálido y pecoso. Sin embargo, la mirada de sus ojos azules denotaba que su espíritu continuaba fuerte, y que influía en la materia para que se repusiera en absoluto del daño causado por el puñal asesino.

Susana y Billy acudieron a su encuentro. Saludáronse con efusión. Cambiaron impresiones. Sentáronse juntos.

—Ya le expuse la probabilidad de que nos encontrásemos en Chicago —dijo el pelirrojo a la joven.

—Lo recuerdo. Para mí ha constituido verdadera alegría verle.

—Y para mí verla a usted —afirmó Billy.

—Gracias. Es muy amable. No hace más que corresponder al afecto que me inspira.

—¿Continua con sus aficiones detectivescas? —preguntó Gragg, irónico.

—¡Oh, no, no!… Para broma basta con una vez. Vi la muerte próxima. Cada uno a lo suyo. He vuelto a consagrarme a la entomología.

Susana estremecióse visiblemente.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Billy.

—No lo sé. Aquel hombre…

Y señaló a Walter Doyaux, que en aquel momento hablaba con el señor Springer junto a una columna rodeada de plantas exóticas.

Los dos hombres se volvieron a observarle.

—¿Quién es? —quiso saber Kettering.

Billy encogióse de hombros, aunque no apartaba la vista del recién llegado.

—Lo ignoro —respondió Susana—. No le había visto en mi vida.

—Entonces no comprendo…

—Tampoco lo comprendo yo —declaró la muchacha—. Es que… sin poder explicarme el motivo, me he escalofriado al verle. No me hagan caso. ¡Tengo tan excitados los nervios…!

—Pronto saldremos de dudas —dijo Perry, levantándose—. Voy a saludar a los dueños, cosa que la alegría de ver a ustedes me ha hecho olvidar, y averiguaré de quién se trata.

Walter separóse en aquel momento del anfitrión para hablar con otro invitado.

Perry hizo lo que acababa de decir y regresó a los pocos minutos diciendo:

—Se llama Ronald Peck, y es un opulento hombre de negocios. ¿Está satisfecha, Sue?

—Ha sido usted muy amable. No merecía la pena que se molestara…

Continuaron hablando sobre varios temas; pero tanto Susana como Billy parecían abstraídos y miraban de cuando en cuando hacia Doyaux. No tardaron en observar que este se aproximaba acompañado de la señora Springer, la cual hizo las presentaciones con su habitual gracejo.

Walter, empleando los nuevos ademanes de su repertorio, y un tono

de voz que no recordaba al suyo de siempre, mostróse afectuoso con todos y galante con Susana, quien tornó a sentir frío en los huesos.

—Es usted una beldad, señorita —declaró—. Hasta esa patina triste que cubre su semblante contribuye a aumentar su belleza.

—¡Pobre niña! —exclamó la parlanchina señora Springer, acariciando a la joven—. Sobran motivos para que exista esa patina de que habla usted.

—¿Alguna desgracia familiar? —preguntó Walter dulcemente.

—Sí.

—Crea que lo lamento.

Se abstuvo de insistir, y a los pocos minutos se despidió para dirigirse a otro grupo de invitados.

—¡Es un hombre encantador! —dijo la dueña de la casa—. Mi esposo le distingue muchísimo. Yo también.

—¿Lleva mucho tiempo en Chicago? —preguntó Billy, con la mayor naturalidad.

—No lo sé. Nosotros hace poco más de dos meses que le conocemos. Pero todo el mundo hace de él grandes elogios.

Y continuó elogiando a Doyaux. Luego animó a los jóvenes a bailar.

Kettering pidió a Susana:

—Hágalo conmigo, tenga los compromisos que tenga. No olvide qué estoy enfermito aún.

Accedió la muchacha, sonriendo.

Billy siguió los pasos de Walter, el cual acababa de dirigirse al jardín.

Avanzó tras él observándole cauteloso.

De pronto el millonario se volvió y quedósele mirando amablemente.

—Hola, señor Gragg… ¿Busca usted también aire puro?

—En efecto, señor Peck. Aunque los salones son grandes, la atmósfera se carga…

—Sí. Y eso que… —hizo el tono más amable todavía— junto a una muchacha como la que estaba con usted hace poco todos los ambientes son ideales.

Billy aceptó la broma con un gesto simpático.

—Es encantadora realmente… a pesar de esa tristeza que la envuelve y que usted advirtió enseguida. Tristeza justificada, por cierto. No tiene padres. Vivía en Bruselas con unos tíos, y de pronto se quedó sola.

—¿Debido a qué?

—Les asesinaron.

—¡Ah…!

La exclamación de Doyaux entrañaba asombro y desconsuelo.

—¡Pobre chica! —añadió.

—La Prensa habló mucho del asunto. Quizá lo leería. Eran el magistrado Oscar Laroque y su esposa.

—No, no recuerdo… Bélgica está bastante lejos de aquí, claro. Crímenes se cometen en todas partes, y es difícil que los periódicos de un país se ocupen de los sucesos de otro, a menos que tengan importancia trascendental.

Hablaba sencillamente, aparentando no advertir el interés con que Billy le observaba.

Inquirió este de pronto:

—¿Conoce usted Bruselas?

—Sí, aunque muy por encima. Estuve allí hace algún tiempo en plan turístico. Tiene cosas muy buenas: “The old Maison du Roi”… “International Fairs”… “Square du Sablon”… ¿Por qué me lo pregunta?

—¡Oh… simple curiosidad!… Es que yo me encontraba allí, precisamente, cuando asesinaron a los esposos Laroque…

—Lo cual no guarda relación con dicha pregunta.

—No, no; desde luego. Ha sido una extraña asociación de ideas… Si le molesta que hablemos del asunto…

—¿Molestarme? De ningún modo.

Gragg sacó su pitillera y tendióla a su interlocutor:

—¿Un cigarrillo?

—Sí; gracias.

Lo tomó. En el momento de ir a cerrarla, fingió Billy que se le caía. Inclináronse ambos a recogerla. El propietario se mostró torpe, y fue Walter quien la tomó.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Billy, tendiendo la mano para recuperar el objeto.

—Un instante, por favor —pidió Doyaux—. Se ha llenado de polvo…

—Pero… ¡no se moleste!

Como si no le hubiese oído, Walter limpió la pitillera de modo que quedasen borradas en absoluto sus huellas digitales. Sin volver a tocarla ya directamente la alargó al muchacho. Mientras lo hacía, en sus labios jugueteaba una sonrisa irónica.

Billy disimuló perfectamente el disgusto que le produjo ver fallido su plan.

Siguieron hablando.

Billy descubrió a Perry, y exclamó:

—El señor Kettering se acerca. También él se encontraba en Bruselas por aquel entonces. Por cierto que fue otra víctima de los asesinos desatados allí.

—¿Y eso?

—Nos habíamos propuesto ayudar a la señorita Susana y estuvo en

poco que nos matasen.

Refirió a grandes rasgos el suceso. Mientras lo hacía, clavaba nuevamente las aceradas pupilas en las de Doyaux, quien comentó casi compungido:

—¡Qué espanto! Cuesta trabajo creer que haya tanto malhechor suelto por el mundo.

Llegó Perry aduciendo el mismo motivo, la cargazón de la atmósfera, para buscar el aire embalsamado del jardín.

—Refería al señor Peck en este momento —anunció Billy— el percance que sufrió usted en Bruselas cuando actuó en plan de detective honorario.

Perry hizo una acusada expresión de miedo.

—¡No me lo recuerde! ¡Todavía me duele la herida! Usted tampoco escapó ileso, claro…

—Pero lo mío careció de importancia.

—¡Cómo fracasé! —lamentóse Kettering, simpáticamente, dirigiéndose a Walter—. ¡Ni siquiera conseguí que se detuviese a Octave Evergent! Desapareció de Bruselas sin que nadie haya vuelto a saber una palabra de su paradero.

—Lo cual fue una lástima —barbotó, apretando los dientes, Gragg.

—Lo fue —ratificó el pelirrojo—. Ese hombre es peor de cuanto se pueda uno figurar. ¡La de crímenes que tendrá en su conciencia!… Recuerdo el del pobre Clyde Hatter, un muchacho a quién asesinó con el exclusivo objeto de que achacasen la muerte a Walter Doyaux, un millonario que residía en Bruselas, a quién Evergent quería hundir.

El interesado hizo otro comentario condenatorio, empleando la misma sencillez que hasta entonces, y dejando traslucir con la desgana del tono que el tema le tenía absolutamente sin cuidado y que escuchaba por corrección.

—Con permiso de ustedes —dijo cuando lo creyó oportuno— vuelvo dentro. Ya me he oxigenado un poco.

Tras leve inclinación de cabeza comenzó a alejarse por el florido sendero que conducía a la casa. Los dos muchachos se le quedaron mirando hasta verle desaparecer. Billy tenía el entrecejo fruncido.

Walter permaneció bastante rato en los salones. No volvió a aproximarse a Sue, pero esta, estuviera donde estuviese, sentía fija en su rostro la abrasadora mirada de él. En vano quería desentenderse. Cada pocos minutos, una fuerza superior a la suya la obligaba a buscarle furtivamente con la vista, y ni una sola vez dejó de encontrarse con aquellos negros ojos que la contemplaban.

⋆ ⋆ ⋆

A la mañana siguiente, Susana salió a dar su acostumbrado paseo

solitario por Marquette Park, y a los pocos minutos tropezóse con Walter, quien la saludó quitándose el sombrero y sin detenerse. Aquella misma tarde tornó a encontrárselo en los alrededores de Beverly Country Club, con el mismo resultado.

La muchacha sintió que su inquietud iba en aumento. Aquello no podía ser casual.

A partir de entonces continuó hallándole todos los días en paseos, en teatros…

Dióse cuenta de que Doyaux trataba frecuentemente de pasar inadvertido, cual si solo le interesase verla sin que ella le viese.

Aquella silenciosa persecución llegó a constituir una especie de pesadilla para la joven, quien consideraba ya al millonario como a un espectro que quisiera recordarle algo que fue o prevenirle contra alguna cosa que estuviera a punto de ocurrir.

Así se lo dijo a Billy en una de las ocasiones en que paseaban juntos. Al hacer tal confidencia mostrábase asustada, recelosa, cual si temiese que el tal «espectro» la pudiera oír aun no hallándose presente.

Gragg respondió, enigmático:

—Es posible que no haya estado usted desacertada al calificarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Permita que me lo reserve todavía. Tengo ciertas sospechas y estoy trabajando a ver si las confirmo.

—Pero… ¿sospechas de qué índole?

—¡Oh, no sea curiosilla! Tranquilícese y deje de conceder atención a las apariciones de ese hombre. Mucho me equivoco a pronto dejará de molestarla.

No quiso decir nada más.

Cuando se separaron continuó él las investigaciones emprendidas, investigaciones que tuvieron su base en la corazonada sentida la noche de la fiesta en casa de los Springer y que le indujo a la reflexión, al análisis de hechos pasados y presentes, al cálculo de probabilidades.

Los ojos de las personas no cambian fácilmente, y Billy creyó tener la evidencia de haber visto antes, sin quevedos que desdibujasen las tenebrosas pupilas de Ronald Peck. Fue mirándolas cuando pensó en Walter Doyaux. Walter Doyaux no había muerto; desapareció de Bruselas; era millonario; amaba a Susana… Ronald llevaba poco tiempo en Chicago; era millonario también; perseguía a la joven… y tenía los mismos ojos de aquel.

Bien era verdad que el resto de las facciones variaban en absoluto; que en su voz, ademanes, modo de andar… no había nada que recordase a Doyaux. Pero…

Y aquel pero, barrenando en su despierta inteligencia, le hizo pensar en la posible clave del misterio.

—Cirugía estética —se dijo—. Cirugía estética, y una voluntad de

acero para dejar de ser quién fue y cobrar una personalidad nueva. Eso es todo.

En tal sentido encaminó sus pasos desde que diera cabida en su imaginación a dicha idea.

Los médicos que en Chicago cultivaban aquella especialidad eran pocos. Por otra parte, la ley les prohibía desfigurar el rostro de las personas. Estaban autorizados, exclusivamente, a embellecerlas suprimiendo arrugas y defectos. Sin embargo, para un hombre tan rico como Doyaux no habría resultado imposible comprar la conciencia del que más le interesase.

Billy inició las visitas desplegando suma habilidad. Lo primero que le importaba era saber si alguno de los médicos se prestaría a llevar a cabo una operación de tal naturaleza. Y les habló, luego de mil rodeos, como si él mismo desease sufrirla.

Dejó entrever que pagaría el trabajo a peso de oro.

Obtuvo enérgicas negativas.

Comenzaba a desesperarse cuando de pronto, precisamente a raíz de haberle comunicado Sue sus temores con relación al "espectro", pensó en Shinso Jakamai. ¿Cómo no habíasele ocurrido antes?

Conocía de tiempo atrás a aquel cirujano japonés residente en Dixmoor, el cual, en distintas ocasiones, tuvo tropiezos con la justicia de los que milagrosamente salió bien librado.

Billy se dijo que si sus sospechas eran fundadas, si Ronald Peck y Walter Doyaux eran una misma persona y este se había sometido a que le desfigurasen el rostro en Chicago, nadie más a propósito que Jakamai.

Tomó un coche y dirigióse hacia el domicilio del oriental en cuestión.

Otro coche le seguía, mezclado entre los muchos que formaban el ruidoso tráfico. Cuando este fue disminuyendo la marcha, el de atrás rezagóse para dar paso a un tercero. Luego dicho tercero se dejó adelantar por el segundo.

Repitieron varias veces la maniobra.

Así, en el caso de que Billy sospechara, no vería siempre el mismo coche.

Antes de llegar al fin del trayecto, los perseguidores tuvieron la certeza de cuál era el sitio adonde el joven dirigíase. Ya le habían visto acudir a los domicilios de otros cirujanos. No había, pues, duda de quién era el buscado ahora.

* * *

El japonés recibió a Billy con su sonrisa inexpresiva, estereotipada.

Era un hombre bajito y delgado. Sus ojos, a través de los gruesos

cristales con armadura de concha, parecían dos diminutas y brillantes rayas negras.

Le hizo pasar al despacho.

—¿En qué puedo servirle, señor Gragg?… Siéntese, por favor.

Billy aceptó el ofrecimiento y, tras algunos cumplidos y frases amables, dijo:

—Necesito un favor suyo, doctor Jakamai.

—Si está en mi mano complacerle…

—Lo está. Todo se reduce a que me informe de las operaciones faciales que ha llevado a efecto desde hace tres o cuatro meses a esta parte.

El japonés hizo un leve encogimiento de hombros.

—Oh, señor Gragg. Creo que equivocó el camino.

Mis actividades, desde que tuve ciertas discrepancias con la Justicia, se desenvuelven por completo dentro de la Ley. Si se refiere usted a intervenciones legales, puedo, aun violentando el secreto profesional, hablarle de algunas, pero no creo que sea eso lo que le interesa, ¿verdad?

—Desde luego que no. Busco a un hombre, doctor Jakamai; a un hombre que ha cambiado de aspecto en virtud de lo que han realizado en su cara ciertas manos prodigiosas. No le quiero andar con ambages. Ese hombre se llamaba Walter Doyaux. ¿Qué puede decirme de él?

Las facciones de Shinso se animaron un momento para reflejar estupor.

—Ignoro de quién me habla —repuso con firmeza.

—¿No conoce a esa persona?

—No, señor Gragg.

Billy mordióse los labios, dando lugar a breve silencio.

—Escuche, amigo —exclamó con desabrido acento, decidido a impresionar a Jakamai, acusándole con firmeza, cual si estuviera seguro de lo que decía—, no he venido aquí caprichosamente, sino conociendo el terreno que piso. Walter Doyaux tiene sobre su conciencia cosas fuertes, muy fuertes, que solo yo conozco y que estoy en la obligación de hacerle purgar. Si me ayuda usted diciéndome cuanto haya sobre el asunto, le demostraré mi agradecimiento de manera que no haya lugar a dudas; si por el contrario se empeña en desorientarme, recibirá el mayor disgusto de su vida.

El médico abrió los brazos ampliamente y los dejó caer de nuevo a lo largo del cuerpo, en ademán de fatalismo.

—Ni sus ofertas ni sus amenazas me pueden afectar porque nada sé —declaró.

—Me consta que lleva usted un libro en el cual, de forma que nadie puede presumir, anota todas las operaciones que realiza. Entréguemelo. Quiero examinarlo y que usted me descifre cuanto se me antoje.

—Error suyo, señor Gragg. No niego que en cierta época llevaba un registro de esa índole, pero lo destruí cuando tuve el primer tropiezo y no lo he substituido.

Incorporóse Billy, sin contemplaciones ya.

—¡Conmigo no valen tretas, doctor! ¡Diga de una vez lo que puede inducirle a complacerme!

—Repito que nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera esto?

La pregunta fue acompañada de un movimiento rapidísimo de la mano diestra, en la cual apareció una pistola.

Añadió:

—Le concedo cinco segundos para que cambie de actitud. De lo contrario no me molestaré en entregarle a la Policía. Una bala alojada en sus sesos resultará más eficaz.

Jakamai no se estremeció. La fría sonrisa continuó en sus labios.

—Usted no hará eso —dijo—. Cometería un crimen sin beneficio pata nadie.

—Empiezo a contar, Shinso: uno… dos… tres…

En las pupilas del médico brillaron lucecitas extrañas. Billy las descubrió y supo enseguida la causal que las originaba. Sobre su costado derecho acababa de apretarse el tubo silenciador de una pistola, al propio tiempo que la voz de alguien, cuyos pasos no sintiera, decía:

—No cuente más y estese quieto, porque usted puede oprimir el gatillo y matar a Shinso Jakamai, pero yo haré otro tanto y caerá usted también.

Billy desorbitó los ojos.

Añadió el que le amenazaba:

—No intente volverse sin antes haber dejado caer el arma. Sería, si lo realizase, el último movimiento de su vida.

El acento del que se expresaba así era helado y colábase hasta la médula. Billy dio por seguro que se encontraba a merced de un hombre que no vacilaría en convertir la tal amenaza en trágica realidad. Y soltó la pistola.

El japonés amplió la sonrisa, dejando al descubierto sus dientes blanquísimos, y murmuró, jubiloso:

—Cinco segundos son muchos segundos a veces, señor Gragg.

—Ya puede volver la cara —concedió el inesperado visitante.

Apresuróse Billy a hacer lo que se le decía, y se encontró frente al encapuchado gris.

—Hace unos meses, en Bruselas, le salvé de cierta situación difícil en que se encontraba, juntamente con un amigo suyo, pelirrojo si no recuerdo mal. Ahora, por el contrario, le hubiera alojado una bala en el cuerpo de habérseme resistido. La casualidad… o lo que sea, me permite acudir de cuando en cuando para ayudar a los que lo merecen.

El doctor Jakamai es una excelente persona. ¿Por qué matarle?

Billy, dueño ya de sus nervios, repuso serenamente:

—No lo hubiera hecho nunca. Intenté amedrentarle.

—¡Ah…!

—¿No me cree?

—Sí. ¿Por qué no? De todos modos… prefiero haber llegado a tiempo. Márchese y no vuelva la cara atrás. Varios secuaces míos rodean esta casa y sus proximidades. Ningún daño le harán si le ven subir a su coche.

Billy dio una prueba de talento al constatar la situación y darse cuenta de que llevaba las de perder.

Dobláronse sus labios en rara sonrisa.

—Usted gana hoy —dijo.

—Hoy y siempre —respondió el encapuchado.

—Eso…

—No cometa insensateces, Billy Gragg. Observe que aún le mira el cañón de mi revólver.

El muchacho encogióse de hombros y avanzó hacia la salida.

—Hasta la próxima —murmuró.

—Hasta la próxima —repitió el encapuchado.

Desapareció Gragg.

Jakamai asomóse a una ventana y permaneció allí con el rostro pegado a los cristales.

—Se fue —dijo al fin, volviéndose.

Walter Doyaux habíase quitado la capucha y apareció bajo la personalidad de Ronald Peck.

—Le felicito, doctor Jakamai —dijo al oriental—. Se ha comportado usted como un verdadero hombre.

El médico hizo una pequeña reverencia.

—Procuro ser fiel a las personas que, además de confiar en mí, se exceden en la generosidad. De todos modos, el hombre que acaba de marcharse tiene motivos para dar gracias a su Dios por la inesperada presencia de usted.

Walter no comprendió, de momento, lo que aquellas palabras querían decir. El japonés, sonriendo siempre, descorrió los tules que ocultaban una hornacina abierta en la pared, frente por frente al sitio que ocupase durante el final de su diálogo con Gragg. En lugar de una imagen, Doyaux vio a otro oriental que también sonreía de manera enigmática.

Explicó entonces el médico:

—Somos partidarios de esperar en todo hasta el último instante. A veces, en un período de tiempo infinitesimal ocurren cosas que estuvimos aguardando durante toda la vida. Hoy, al decir “cuatro”, exactamente “cuatro”, Billy Gragg, este ayudante y compatriota mío

hubiérale lanzado un cuchillo que le traspasase el corazón.

Capítulo II
SIGUIENDO LA PISTA

Al abandonar el domicilio de Shinso Jakamai, Billy había llegado a una conclusión que ponía de manifiesto la eficacia con que trabajaban sus células grises: la de que Walter Doyaux, Ronald Peck y el encapuchado gris, eran una misma persona. Todo contribuía a ratificar tal creencia. Decíase, no obstante, que necesitaba comprobarlo sin ningún género de dudas.

Mientras llegaba al sitio donde dejara su coche, no se le ocurrió mirar a derecha ni a izquierda. Daba por seguro que habría algunos pares de ojos fijos en él y quería dar la impresión de encontrarse por encima de tal vigilancia.

Subió al *baquet* afectando indiferencia, y puso el vehículo en marcha sin prisa alguna.

Cuando bordeaba Marquette Park, el sitio donde todos los días se encontraba con Sue, ocurriósele de pronto hacer una visita al hombre que constituía la base de sus preocupaciones. Le interesaba conocer lo más posible sobre la configuración de aquella casa en la que acababa de decidir efectuar un registro, si no aquella misma noche, dentro de un plazo breve.

Enfiló la Avenida Kedzie y por fin llegó a Pershing, donde se alzaba el lujoso edificio alquilado por Walter.

Suponía que este no habría regresado aún, pues lo más probable era que se hubiera entretenido con el japonés, con los secuaces de que le había hablado.

Era precisamente lo que él deseaba. So pretexto de esperar, quedaría solo en la habitación a que le condujesen, y ya vería la manera de inspeccionar cuanto se ofreciese a sus ojos.

Le produjo no poca sorpresa que al preguntar por el señor Peck le respondiese el criado que le pasaría la tarjeta.

—¿Se encuentra en casa? —insistió, como si no hubiera oído bien.

—Sí, señor. Lo que ignoro es si podrá recibirle.

—¡Ya!

Inició una sonrisa pensando que aquella sería, una consigna dada de antemano para demostrar, si era preciso, que no se había movido de allí.

Cuando vio salir al criado, el cual le condujo a un espléndido recibidor, daba por seguro que regresaría a los pocos momentos anunciando que “el señor no podía atenderle”.

Firme en el propósito que le había llevado allí abrió la puerta y echó

una mirada al amplio pasillo.

Hubo de retirarse inmediatamente, pues el doméstico volvía.

—Sígame, por favor. El señor le aguarda.

Billy no pudo contener un breve gesto de sorpresa. Bien era verdad que lo mismo que él había llegado pudo haberlo hecho poco antes Ronald, pero tenía que haberse apresurado mucho.

Su extrañeza subió de punto al observar que la persona visitada recibíale en el despacho, en traje de casa tan descuidado como elegante, y alzándose de la mesa, sobre la cual había varios legajos de papeles.

—Bienvenido; señor Gragg —dijo Walter tendiéndole la mano—. Excúseme por presentarme así, pero dada la hora un poco anormal de su grata visita he supuesto que se trata de algo urgente y no me ha parecido bien hacerle esperar hasta vestirme.

Billy disimuló bien su desconcierto.

—Es usted quien debe perdonarme, señor Peck, por esta libertad que me he tomado. Mi llegada aquí no tiene más motivo que el gusto de saludarle.

—¡Amabilísimo!

—Vengo de Dixmoor, donde he estado entrevistándome con un cirujano amigo, un japonés llamado Shinso Jakamai. No sé si lo habrá oído usted nombrar…

—No, no recuerdo…

Se miraron un instante. Ambos derrochaban naturalidad.

Continuó Billy:

—Bien; pues al regreso de dicha entrevista, hallándome cerca de Pershing, experimenté el deseo de estrechar su mano.

—¡Gran honor para mí! ¿No quiere sentarse?

—De ningún modo. Le veo muy atareado…

—Sí; estoy estudiando unos proyectos… Pero yo lo dejo todo con gusto cuando se trata de atender a un amigo.

—Gracias. También yo tengo bastante que hacer… —interrumpióse mirando un cuadro, y agregó—: ¡Magnífico óleo!

—No es malo —admitió Doyaux—. Soy gran aficionado a la pintura.

—En una de las habitaciones que he cruzado viniendo hacia esta he creído ver una acuarela hermosa…

—Yo mismo le acompañaré para que la contemple a su gusto.

—No sabe cuánto le agradezco…

—¡Por favor, no hable de gratitud!

Recorrieron juntos casi toda la casa viendo cuadros valiosos de pintores clásicos y contemporáneos.

Billy iba satisfecho de sí mismo. Había logrado lo que se proponía: conocer la distribución de las habitaciones.

Al despedirse lo hicieron renovando las manifestaciones de

simpatía.

Y cada cual llevóse en los labios una sonrisa indescifrable.

* * *

A la mañana siguiente, temprano todavía, Billy acudió en busca de Susana, encontrándola en el momento que esta salía a pasear.

Se sonrieron, gozosos, al saludarse. Y él pasó a decir.

—Necesito su colaboración.

Sin responder, acentuó ella la sonrisa, creyendo se trataba de una broma.

—Le hablo en serio, Sue. Se trata de "su espectro".

Palideció la muchacha ligeramente.

—Tengo motivos para presumir —añadió Gragg— que tras Ronald Peck se encuentra un hombre totalmente distinto al que todos suponen; un hombre que forma parte de la organización de espionaje cuyo descubrimiento se me ha encomendado y que fue lo que originó mi estancia en Bruselas hace unos meses.

El semblante de la muchacha expresó asombro sin límites.

—¡Me deja atónita!

—Confío en que no haga usted el menor uso de lo que todavía constituye un secreto. Me interesa que se ignore mi personalidad.

—Puede estar seguro de mi discreción.

—Gracias. Lo que pretendo de usted es que obtenga las huellas digitales de ese hombre. Como yo poseo las de la persona con quién le relaciono, las cotejaré, llegando así a la evidencia de que mis sospechas son fundadas.

—Pero, ¿cómo cree posible que yo…?

—Le resultará fácil. Puesto que continúa apareciéndosele cuando menos lo espera, dele a entender con un simple ademán, una sonrisa, una mirada… cualquier cosa, en fin, que acogerá su compañía con gusto. Una vez trabada la conversación, haga de modo que los dedos de él toquen algo que usted pueda guardarse. Habrá de actuar con mucha cautela, porque el tal señor Peck es extremadamente listo. Yo intenté conseguir dichas huellas, y él, adivinándolo enseguida, me hizo fracasar. De usted, en cambio, no sospechará nada.

Continuó dándole instrucciones, y no le resultó difícil vencer la resistencia de la muchacha para que le prestase la solicitada ayuda.

* * *

Aquella misma noche en la Ópera, Susana se dispuso a complacer a Billy. Acababa de ver en el palco de enfrente a Doyaux. Y en lugar de eludir la mirada, como otras veces, la sostuvo: correspondió al saludo

de manera amable y le brindó una sonrisa seductora.

Walter sorprendióse gratamente de aquel cambio de actitud. Y en el primer entreacto pasó a saludar a la joven y a los lejanos parientes que la habían acompañado.

Mostróse simpático y cordial en extremo.

Sue hizo cuanto pudo por aparecer tranquila, pero no lo lograba. La proximidad de aquel hombre seguía originándole un estado anímico que no estaba a su alcance definir. Le miraba, sobre todo, a los ojos y estremecíase. Ella había visto ya aquellas pupilas negras y penetrantes, aunque enmarcadas por cejas distintas a las de la persona que tenía al lado y libres de los quevedos antiestéticos. Ya no le cabía duda. Era a Walter Doyaux, en cuya muerte seguía creyendo, a quién le recordaba Ronald Peck.

Cada minuto que pasaba encontrábase más fuera de sí. Contribuía no poco a ello el "trabajo" que proponíase realizar.

Walter había tomado asiento e inició el diálogo en voz baja.

—Ha sido usted muy buena autorizándome con su gesto a venir a saludarla. Desde que fuimos presentados en casa de los señores Springer no habíamos vuelto a hablar.

—Pero sí a vernos.

—Efectivamente. En repetidas ocasiones sentí el anhelo de aproximarme, pero siempre me contuvo su actitud. Parecía como si me rehuyese, disgustada, incluso, por mí presencia.

—Suposiciones suyas.

—Me alegra oírselo decir.

—Precisamente, si esta noche le he llamado casi, aunque sin palabras, ha sido para hacerle saber la extrañeza que me produce encontrármelo tantas veces sin que ninguna de ellas se acercase a mí.

—No han sido encuentros casuales.

—Ya lo he supuesto.

—Soy feliz viéndola aunque sea a distancia, señorita.

Susana, que estaba asombrada de la serenidad que iba adquiriendo, ruborizóse, desviando la vista hacia Otro lado. Volvió, sin embargo, a fijarla en Doyaux, oyéndole:

—Era usted la gran pasión de una persona a quién yo quería mucho. Me habló mil veces de lo que la amaba. Cuando la vi en la fiesta de los Springer creí reconocerla, pues dicha persona me había mostrado un retrato suyo. Apenas fuimos presentados, comprendí que no había error por mí parte. Me subyugó usted. Es lo más natural del mundo que Walter la adorase.

—¡Walter!

—Doyaux. Es la persona a quién me refiero. Pariente mío… y el amigo más leal que tuve en la vida.

Sue se había puesto intensamente pálida, y un temblor nervioso la

agitó como a la rama de un arbolillo.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—No… no… Es que me ha impresionado… Ahora me explico… Sí, naturalmente…

—Walter era una excelente persona. La acusación que pesó sobre él fue una infame calumnia.

—Yo siempre creí en su inocencia.

—Me alegra oírla expresarse así. ¿Correspondía usted a su amor, señorita? Perdone que sea indiscreto, pero es que todo lo que se relaciona con él está siempre en mi memoria y en mi corazón.

Sue inclinó la cabeza y dijo como en un suspiro:

—Sí, le amaba. Creo que… no podré olvidarle nunca.

—Eso resulta francamente grato a mis oídos. Voy a permitirme hacerle una súplica. No hable de esto a nadie. Sírvanos como un dulce secreto que contribuya a aproximarnos.

Sonaron los timbres. El segundo acto iba a comenzar. Doyaux se incorporó, dispuesto a retirarse.

En aquel momento, la joven pensó en la promesa hecha a Billy. Aunque Ronald Peck acababa de hacérsele simpático, díjose que no debía defraudar a quién confiara en ella para tal misión. Estaba segura de que las huellas que obtuviese no coincidirían con las del hombre buscado por Gragg.

En el momento de tender la mano a Doyaux le dejó entre los dedos los prismáticos.

—¡Oh, perdone! —rogó—. Estoy aturdida…

Walter la miró fijamente, sonriendo de modo especial, manteniendo cogido el adminículo. Luego, despacio, lo frotó con un blanco pañuelo.

—Mis manos están un poco sudorosas —dijo, en plan de explicación—. Tenga los prismáticos, señorita.

Saludó, con una reverencia y abandonó el palco.

Sue le vio ir, angustiada.

* * *

Enterado del fracaso de Susana, la cual abstúvose de aludir a la conversación sostenida con el que decía llamarse Ronald Peck, Billy dispúsose a seguir la pista llevando a cabo el registro proyectado.

Confiaba en que, con poco que le ayúdate la suerte, encontraría algo que le permitiera tener la certeza absoluta de la doble o triple personalidad de Walter Doyaux.

Para un hombre corriente, penetrar subrepticiamente en aquella casa hubiera resultado tarea dificilísima; Gragg, sin embargo, consiguió su propósito sin gran esfuerzo.

Una vez en el interior, deslizóse con sigilo hacia el despacho.

Sin necesidad de luz pudo llegar al mismo orientándose por el croquis que llevaba en el cerebro como consecuencia de su anterior visita.

Cerró, corriendo bien los cortinajes. Solo entonces utilizó la linterna eléctrica.

Valiéndose de un bien provisto juego de ganzúas abrió el primer cajón de la mesa escritorio. Apenas había iniciado el examen de lo que este contenía, iluminóse la estancia y la voz de Walter preguntó, sardónica:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Billy volvióse como movido por un resorte y quedó frente al recién llegado, el cual le observaba sonriendo, hundidas las manos en los bolsillos del elegante batín.

No pasó inadvertido para el visitante nocturno, a pesar de la sorpresa, el bulto que hacía la pistola oculta empuñada por Doyaux, el cual habló de nuevo cachazudamente:

—Temí que se tratase de un ladrón. ¡Cómo suponer que era mi dilecto amigo el señor Gragg! ¿Es que se le olvidó algo en su visita de anoche? Quizá pueda serle útil en la búsqueda.

Billy tardó poco en recobrar el dominio de sí mismo.

—Verdaderamente —admitió— me encuentro en una situación dificilísima y en extremo delicada. Usted tiene derecho a pensar cuanto desee de mí.

—Ya lo hago, ya.

—Supongo no habrá imaginado que estoy aquí con la idea de robarle.

—¡Ooooh, yo no imagino nada que ofenda a mis amigos, ni a los amigos de mis amigos!

—Se burla, ¿no es eso?

—Tómelo como quiera, señor Gragg.

Dejóse caer con negligencia en un cómodo sillón. La mano que empuñaba la pistola seguía hundida en el bolsillo.

—Siéntese, por favor, y explíquese —continuó diciendo—. Es de esperar que tenga algo muy interesante que decirme. Le escuchare encantado, predispuesto el ánimo a creerle. Ni siquiera me pasa por la imaginación la idea de entregarle a la Policía. No me negará que le harían pasar un mal rato, ¿eh? Lo que usted acaba de hacer esta noche está sin duda previsto en el Código. Hable, aunque prefiero advertirle de antemano que aguardaba su visita.

—¿Es posible?

—No lo dude. Anoche, cuando tuve el alto honor de saludarle, de hacerle recorrer las habitaciones de esta mansión, me asaltó la corazonada de que volvería usted pronto. ¿Sabe por qué? No me gustan los secretillos de poca monta. Dicha corazonada produjose al notar que

los cuadros no le interesaban en absoluto; que no tiene usted idea de lo que es al arte pictórico, y que en cambio, no obstante el disimulo que empleó, ponía usted atención máxima en la distribución de las dependencias que cruzábamos.

Rio bajo. Billy le observaba con mal disimulada admiración. Y no pudo menos de exclamar:

—¡Es usted un demonio!

—Puede que lo sea, aunque no de los peores. Buena prueba de ello es que contengo mi deseo de meterle una bala en el corazón. Y no me sucedería nada si tal hiciera, ¿sabe? Tiene usted en su contra premeditación, allanamiento con escalo, nocturnidad. Pero tranquilícese, no le mataré.

—Sencillamente, porque me molesta usted más de lo que tengo por costumbre soportar. ¡Ea! ¿Qué buscaba aquí?

Billy, por más que se torturaba el cerebro, no encontró ningún pretexto lógico. Dábase perfecta cuenta de que resultaba imposible engañar a su interlocutor. Y dijo resueltamente:

—Buscaba algo que me descubriera su verdadera personalidad.

Doyaux fingió perfectamente un gesto de sorpresa extraordinaria.

—¿Mi verdadera personalidad, dice? Pero ¿hay quien dude de que yo no sea yo?

—Ha despertado usted la curiosidad de determinado organismo al cual pertenezco, señor Peck, y me he comprometido a satisfacerla.

—Determinado organismo… ¿F. B. I.? ¿C. I. A.? ¿Policía Metropolitana?

—No estoy autorizado para responder a esas preguntas.

—Comprendo. ¿Qué ocurriría si yo mañana publicase en la Prensa que un componente de cualquiera de esas instituciones hace lo que acaba usted de hacer?

—Promoveríase un escándalo que no creo le interese producir.

—Es posible. Los escándalos me originan neuralgias. De todos modos reflexionaré sobre la conveniencia de soportar ese dolor. Ha sido usted sincero, señor Gragg, y a mí eso me seduce. Voy a permitirle que se marche, no sin antes aconsejarle lo siguiente: abandone la estúpida idea que me ha expuesto y no vuelva a mezclarse en mi camino. Haciéndolo así, evitará dos cosas: la menos mala, el ridículo; la peor, la muerte. Vaya delante, amigo mío. Le acompañaré hasta la puerta. Ya sé que no necesita guía, pero… me gusta hacer los honores a los que visitan mi casa… aunque lo hagan a las altas horas de la noche… y sin haber sido invitados.

Billy no hizo objeción alguna. La mano de su interlocutor escondida en el bolsillo continuaba empuñando la pistola.

Echó a andar por el amplio pasillo.

Al despedirse murmuró:

—Se ha portado usted generosamente.
—Hoy me ha dado por ahí. No se fíe.
Hasta pronto.
—¿Hasta pronto?… Bueno; ¡como usted quiera!

Capítulo III
LA TARJETA DE VISITA

Octave Evergent jugaba al *póker,* con varios secuaces suyos, en un garito de Blue Elam.

Su rostro era un exponente de intensa preocupación.

Desde que, huyendo de Bruselas y en virtud de órdenes superiores, llegó a Chicago, comprendió que había caído en desgracia. Aparentemente no tenía nada en qué basarse. Apenas si escuchó censuras; se le seguían encomendado asuntos; determinado número de espías acataba sus órdenes… Pero en el ambiente fluctuaba algo que hacíale darse cuenta de la realidad. Su prestigio había recibido un rudo golpe.

Paul Cauvelart, el que fuera médico de la Prisión Central de Bruselas, apareció en la sala donde encontrábase este y acercósele presuroso. Su actitud revelaba honda inquietud.

—Tengo que hablarle.

Octave le miró de soslayo.

—Diga lo que sea.

—Me han seguido. Tengo la seguridad de que me han seguido desde hace bastante rato.

Los que escuchaban prestaron atención suma, desentendiéndose de la partida.

—¿Quién? —preguntó el jefe.

—Un hombre alto, fuerte y, al parecer, relativamente joven. Usa bigote y barba. Lleva quevedos.

—¿Y no se le ha ocurrido a usted mejor idea que trasladarse aquí?… Doctor Cauvelart, como médico será bueno; pero en todo lo demás resulta detestable.

Cauvelart tragóse el insulto y respondió, tratando de excusarse:

—Creo haberle despistado, y me ha parecido oportuno Informar a usted enseguida.

—Está bien. Salga con Wingrave y asegúrense de que ese barbudo ha desaparecido del horizonte.

Al hablar había señalado con la barbilla al apellidado Wingrave, mocetón hercúleo, de duro gesto y expresión huraña.

—Vamos —dijo este, abandonando el asiento.

—Vuelvan lo antes posible a informarme.

Wingrave y Cauvelart salieron de la habitación, descendiendo las escaleras que separaban esta del piso de abajo, donde la gente jugaba también y bebía.

—¡Aquel es! —exclamó el médico con sobresalto, señalando a Walter, quien, sentado ante la mesa colocada en uno de los rincones del establecimiento, saboreaba a pequeños sorbos el coñac de su copa.

—Venga conmigo.

Obedeció el médico, y ambos fueron a ocupar sendas sillas próximas a la persona objeto de su atención.

Wingrave, deliberadamente, clavó con fijeza agresiva sus pupilas incoloras en Doyaux hasta lograr que se le correspondiera. Arrugó entonces el entrecejo y acercósele, inquiriendo:

—¿Quiere decirme por qué me mira así?

—Esa es, precisamente, la pregunta que yo iba a hacerle.

—Pero yo se la he hecho primero.

—Bien; no creo que el asunto merezca la pena de que discutamos.

—Yo opino de otro modo. No me gustan los desconocidos que clavan la vista en uno como si lo fueran a traspasar. Dígame quién es usted y por qué se fija tanto en mi persona.

—Yo solo doy mi tarjeta a quién se me antoja. En cuanto a lo segundo, ya que me habla en ese tono, le contesto que acaso le mire tanto porque me llama la atención su cara de bruto. ¿Le basta?

Se incorporó, hundiendo con rapidez la diestra en el bolsillo de la americana.

Tanto Wingrave como el médico, quien habíase quedado atrás, abrieron la boca estupefactos. Ni remotamente supusieron que el hombre de la barba reaccionase así. El primero se propuso amedrentar a este induciéndole a desaparecer; pero ante el cariz que tomaba la cosa, permaneció indeciso. Aparte de aquella mano oculta, que a buen seguro empuñaba una pistola; aparte también de los acusados músculos que poseía el antagonista, estaba la necesidad de no promover escándalos que pudieran atraer la policía a aquel garito donde varios elementos de la banda, empezando por Evergent, solían reunirse.

Dio, pues, marcha atrás y murmuró, queriendo poner al diálogo un matiz humorístico:

—¡Caramba!… Es la primera vez que me dicen eso. Y el caso es que es verdad. Mi cara es un poema. Me ha hecho usted gracia, amigo. Disculpe.

Tornó junto a Cauvelart, riendo. Los que habían escuchado la breve conversación, rieron también.

—Ha hecho usted el ridículo —susurró el médico.

—Así parece —repuso Wingrave en el mismo tono—. Opino que el barbudo se arrepentirá pronto de sus palabras.

Doyaux había vuelto a sentarse y se hizo servir otra copa. La saboreó despacio. Cuando para nadie hubo lugar a dudas de que no sentía miedo, abonó el importe y salió sin preocuparse, en apariencia, de los que había en la sala.

Wingrave hizo entonces a Cauvelart una seña breve, y ambos ganaron la puerta medio minuto después.

De los que quedaban en el garito, algunos dieron por seguro que algo iba a pasar, más no concedieron a ese “algo” la menor importancia.

El cielo estaba encapotado; las calles, desiertas.

Walter iba convencido de que le seguirían. Por eso, al comprobarlo con disimulo, dobló los labios en una especie de dura mueca que no presagiaba nada bueno.

En evitación de que le disparasen por la espalda, pues de todo creía capaces a aquellos hombres, se apresuró a ganar la esquina próxima, percibiendo claramente cómo los que venían detrás precipitaban también la marcha.

Ocultóse en el quicio de la primera puerta.

Apenas vio aparecer a los enemigos, no se entretuvo en contemplaciones. Lanzóse como una tromba sobre Wingrave, descargándole tan contundente puñetazo sobre la barbilla que obligóle a retroceder.

Cauvelart, sorprendido como su compañero por la inesperada agresión, empuñó la pistola. En el mismo instante lanzó un grito angustioso: Doyaux acababa de hacer fuego, traspasándole el brazo. Acto seguido le golpeó la sien, obligándole a derrumbarse.

Wingrave, dada su gran fortaleza, se repuso pronto y, rechinando los dientes, trató a su vez de sacar un arma. Walter repitió el alarde de buena puntería. Su pistola dejó escapar otra bala que dejó igualmente manco al bestial antagonista.

Continuó apuntándole, a la par que exclamaba:

—¿Querían saber mi nombre, verdad? Bien: me llamo Ronald Peck y acabo de dejarles mi tarjeta… escrita con plomo. ¡Largo de aquí, o le alojaré otra ración en la frente!

El “valiente” de oficio no se detuvo a ver si la amenaza se convertiría en realidad. Desentendiéndose del compinche herido y sujetándose el brazo, retrocedió de espaldas unos pasos; dio luego media vuelta, y huyó como si le persiguieran las llamas.

Walter inclinóse sobre el caído y sacudióle hasta hacerle reaccionar. Cuando le vio abrir los ojos y mirarle aterrorizado, le dijo:

—Cuídese de su brazo, “insigne” doctor de la Prisión Central de Bruselas. Usted conoce mejor que los profanos las consecuencias de las hemorragias no contenidas a tiempo. Busque a Evergent, su jefe, y dígale que se prepare a morir. No me basta con matarle. Quiero que sufra pensando en que su fin está próximo.

—¿Quién… es… usted? —tartamudeó el médico.

—¿Es que no me oyó?

—Sí; pero…

Percibióse ruido. Se acercaba gente.

Walter, alejándose ya, repuso:

—Opino que no tardaré en satisfacer sus dudas.

Y se perdió entre las sombras.

Cauvelart levantóse y, aunque dando traspiés, huyó en sentido contrario al de las pisadas y rumores. No le interesaba que le descubrieran ni prestar declaración.

⋆ ⋆ ⋆

No ya en el garito, sino en su casa, recibió Octave, sucesivamente, las visitas de Wingrave y Cauvelart.

—¡Es un demonio! —dijo el primero, refiriéndose a su vencedor—. ¡No hay quien se le adelante!

—¡Estoy rodeado de gente inútil! —fue el comentario de Evergent—. Fracasos y más fracasos. Y todo por culpa de las personas a quienes encomiendo tareas insignificantes.

—Escuche, jefe —atajóle el herido, penetrándole con las lucecillas siniestras de sus ojos—. ¡Nunca he sido un hombre inútil ni estoy dispuesto a tolerar ese calificativo! He hecho lo que podía hacerse. Pero a todo hay quien gane, y ese sujeto de la barba es de mucho cuidado. Si usted lo duda, dele la cara y verá.

Octave lanzó un bufido. No era la primera, vez que, desde hacía poco tiempo, el personal a sus órdenes atrevíase a responderle de insolente modo.

Y de nuevo pensó en que todo obedecía al hecho de haber caído en desgracia.

Dominó difícilmente sus impulsos ante la fiera actitud de Wingrave, y limitóse a decir bruscamente:

—Está bien. Vaya a cuidarse su herida.

Oyendo después la relación de Cauvelart, notó que una sucesión de escalofríos le recorrían la espina dorsal.

Quiso reír, burlarse de la amenaza que se le transmitía; pero su risa sonó a cosa hueca y las palabras burlonas no brotaron de su garganta.

Farfulló unas cuantas interjecciones; encerróse en su dormitorio; sacó una botella de *whisky*, y llenó un gran vaso hasta los bordes.

Capítulo IV
UNA CUENTA SALDADA

—Adelante —autorizó Evergent, oyendo que llamaban a la puerta del despacho, en el que daba lentos paseos.

Entró Cauvelart con el brazo en cabestrillo. Veinticuatro horas habían pasado desde que recibiera la "caricia" de plomo lanzada por Walter Doyaux.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Octave, desabrido.

—Nada. Sencillamente, que es tarde, no me encuentro bien y me marcho. Abajo queda Brown, por si necesita usted alguna cosa.

Hizo ademán de salir, pero se contuvo, oyendo la voz alterada del otro:

—¡Espere!

Volvió el médico sobre sus pasos. El gesto duro de Octave le produjo malestar.

—Dígame.

Tardó aquel unos momentos en hablar, mientras miraba duramente al galeno:

—Repita sus palabras.

—No creo tengan nada de extraño. La noche está avanzada y he decidido retirarme.

—Ha decidido *retirarse*. ¡Bien! Tanto usted como todos los que "trabajan" a mis órdenes han tenido siempre la costumbre de pedirme permiso en ocasiones como esta. ¿Puedo saber la causa de que ahora se lo tome usted mismo y se limite a comunicarme su decisión?

El interrogado encogióse de hombros en ademán de disgusto.

—¡Conteste!

—Bueno… He supuesto que no se enfadaría. No hay motivo para ello. Lo que sucede es que, de algún tiempo a esta parte, tiene usted los nervios muy alterados. ¿Quiere que le recete algo?

Octave le escrutó fieramente. Parecióle encontrar un leve tono de burla en quien le hablaba.

Vaciló unos segundos, exclamando luego:

—¡Váyase al infierno!

Sin replicar, el médico le volvió la espalda y desapareció. Tentado estuvo Evergent de dispararle. No lo hizo por temor a las consecuencias, dada la personalidad que aquel iba adquiriendo dentro de la organización.

Reanudó los paseos. Sus dientes crujían al chocar.

Sí, no cabíale duda; le estaban humillando. No con palabras, sino

con hechos.

—¡Que no jueguen conmigo! —masculló—. ¡Que no jueguen conmigo, porque…!

Volvióse rápidamente, interrumpiendo la frase. La puerta principal se había abierto y en el marco recortábase la figura de Walter Doyaux bajo la personalidad de Ronald Peck.

—¡No se mueva! —ordenó el inesperado visitante, cerrando la puerta sin perder de vista al asombrado espía.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Ante todo, que separe las manos de los bolsillos. Puedo ponerme nervioso y alojarle una bala en el corazón sin concederle la oportunidad de salvarse.

—Pero…

—¡Obedezca o disparo!

Apresuróse Octave a hacer lo que se le exigía.

—Bien —aprobó Walter—. Ahora voy a contestar la segunda pregunta que me ha hecho. Quiero su vida.

—¿Eh?

—Vengo dispuesto a matarle. No piense en pedir auxilio. Paul Cauvelart acaba de marcharse; Brown, el único guardaespaldas que quedó en la casa, está abajo sin conocimiento, como consecuencia de un porrazo en la cabeza, y atado convenientemente. Se halla usted a merced mía.

Octave sintióse inundado de sudor. Tembláronle las piernas. Dijo, trabajosamente:

—No le conozco. Nada puede tener contra mí. ¿Por qué quiere matarme?

—¿Cree no merecerlo?

—Ningún daño le hice…

Doyaux emitió una risa seca.

—Es usted una *excelente persona* que nunca perjudicó a nadie; pero también a las *excelentes personas* de su calidad les llega el último momento. Y el suyo ha llegado. He podido atravesarle sin explicación alguna desde la misma puerta; pero… en primer término, ni siquiera a un bicho venenoso como usted soy capaz de suprimir por la espalda; en segundo, quiero gozarme en su sufrimiento viéndose al borde de la tumba, y en tercero, he pensado, como acabo de decirle, ofrecerle una oportunidad de salvación.

—Una… oportunidad… de salvación…

—Dígame quién le dio la orden de asesinato contra Clyde Hatter… y le perdono la vida.

Los ojos de Octave giraron en las órbitas, desfigurados por el pánico creciente.

—¡Está usted loco!… —farfulló—. Ignoro de qué me habla…

—Déjese de ficciones.

—No finjo, se lo aseguro; yo…

—Usted apuñaló a Clyde sin más objeto que el de perder a Walter Doyaux. ¡Dígame el nombre de la persona que le empujó a tal crimen!

—¡No!… ¡Nada sé!

Expresóse con una energía que sorprendió a Walter, energía generada por el hecho de haber visto reaparecer en el umbral a Paul, quien, habiéndose ido preocupado por la breve discusión reciente, volvía con el propósito de limar asperezas.

Lo que se ofreció a su vista causóle tan gran asombro, que durante unos segundos permaneció inmóvil.

Walter tuvo la sensación exacta del peligro que corría, y volvió la cabeza en el preciso instante en que el médico iniciaba el uso del arma que tenía en el bolsillo. Apenas había llegado a rozarla con los dedos cuando una ración de plomo clavósele en el vientre.

Lanzó un grito de angustia y cayó, luego de algunos traspiés, sujetándose desesperadamente la herida.

Durante aquel incontable espacio de tiempo, Evergent cogió la pistola que llevaba en la sobaquera. Adelantándosele Walter, le alojó dos balas en el pecho. Fue a desplomarse a corta distancia de Cauvelart.

Doyaux permaneció unos minutos con la automática amartillada. Luego de haber sorprendido a Brown, el espía que quedara en el piso de abajo, recorrió la casa sin encontrar a nadie. Estaba, pues, casi seguro de no recibir sorpresas; mas, en evitación de que se produjesen, como consecuencia de los disparos, mantuvo la actitud agresiva durante un tiempo prudencial.

Convencido al fin de que nada extraño alteraba el silencio dominante, guardó el arma e inclinóse sobre los caídos. Ambos respiraban aún. Taponóles las heridas, para cortar la hemorragia, utilizando las ropas de ellos, y luego les registró afanosamente. Distendiéronse sus labios en una sonrisa que denotaba satisfacción. Acto seguido, abrió cajones, revolvió papeles…

Cosas de inapreciable interés pasaron a sus bolsillos.

Antes de irse, zarandeó a Octave, diciendo:

—Óyeme, Evergent; voy a responder ahora a la primera pregunta que me hiciste al entrar: ¡Soy Walter Doyaux; el hombre a quién quisiste hundir no vacilando, para conseguirlo, en asesinar a Clyde Hatter!

El herido abrió desmesuradamente los ojos y perdió otra vez la noción de las cosas.

Walter marcó un número en el teléfono, celebrando una conferencia de escasos segundos. Apenas la hubo terminado, abandonó la casa. Acababa de saldar una cuenta que robábale el sueño.

* * *

Era ya tarde cuando Susana se retiró a descansar.

Las habitaciones que le habían designado aquellos parientes con quienes vivía hallábanse en la parte trasera del edificio, bastante alejadas de las que ocupaban estos.

Susana no había opuesto reparo alguno, si bien le dolió la diferencia advertida entre el trato de ahora y el anterior. Cuando su padre vivía y ella era rica, en todas partes rendíansele honores, se le ofrecía lo más selecto. Ya, cambiadas las tornas, aunque no carecía de nada, tenía que conformarse con lo que quisieran darle.

Varias veces, cuando se encontraba a solas, pensó en abandonarlo todo, huir de Chicago, buscar empleo, y, dominando su orgullo, adaptarse a la vida modesta que le imponían las circunstancias. No lo había hecho aún porque Billy iba adentrándosele cada vez más en el corazón y resistíase a la idea de perderle.

Cerró tras sí la puerta del dormitorio y dio un cuarto de vuelta al interruptor de la luz.

Un grito ahogado escapóse de su garganta. Ante ella encontrábase “El encapuchado gris”, quien, llevándose suavemente un dedo a los labios, dijo:

—No se asuste, señorita. Sabe que soy amigo suyo.

Arrimóse ella a la pared, cual si quisiera incrustarse. Sus hermosos ojos miraban con estupor, no exento de miedo. Bien era verdad que tenía motivos de gratitud hacia aquel desconocido, pero no estaba a su alcance sobreponerse al efecto que su presencia le producía.

—¡Usted! —pudo exclamar, en tono casi inaudible.

—Yo, sí. El que le anunció cierta noche, en Bruselas, que su tío, Clyde Hatter y Walter Doyaux serían vengados; el que mató a un pseudo mayordomo cuando se disponía a asesinarla. Han transcurrido meses… nos hallamos en país distinto… pero usted y yo somos los que éramos.

—¿Qué… es lo que quiere ahora?

—Nada nuevo. Lo mismo de siempre. Pero no he venido para hablar de mis deseos, sino para anunciarle que mi promesa de aquella noche está cumplida. Un hombre llamado Octave Evergent asesinó a Clyde, deshizo moralmente a Doyaux y ordenó la muerte de su tío de usted. Pues bien; ese hombre agoniza en estos momentos. Probablemente no verá la luz del nuevo día.

La joven se llevó las manos al rostro y dejóse caer sobre la silla más próxima.

Aunque la noticia le resultase grata, no le fue posible evitar un estremecimiento de terror ante la frialdad y sencillez con que se le comunicaba.

—¿Le parezco un monstruo? —No respondió Sue, y él añadió—: No lo soy. Se lo garantizo. Ea, procure serenarse. Comprendo que mi visita a esta hora y en este lugar le haya impresionado, pero las circunstancias mandan. “El encapuchado gris” ofreció a usted la venganza que nos ocupa, y “Él encapuchado gris” ha venido a informarla de su realización. Comprenderá que con este indumento no se puede elegir las horas claras del día ni los lugares públicos.

Ella asintió. Aquel acento persuasivo, amable, restaba fuerza a la máscara del que lo emitía.

—Entiendo —dijo en una especie de murmullo.

—La dejo ya, pero no sin recomendarle gran prudencia en sus actuaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Las dos veces que antes de ahora nos hemos visto le encarecí silencio absoluto por lo que conmigo se relaciona; usted me obedeció solo en parte. Hubo personas para las que no guardó el secreto.

—Pero, ¿cómo sabe usted…?

—Algún día se lo explicaré. Muéstrese, por favor, más discreta. Aunque solo sea por gratitud hacia quien ha castigado al asesino de sus tíos, pues Evergent ordenó también la muerte de la señora Parmenter. Adiós, señorita.

Desapareció por la puerta lateral que conducía al pasillo.

Notó Sue que una especie de luz pugnaba por abrirse camino en su cerebro. Relacionó el parentesco que Ronald dijo tener con Walter Doyaux, las palabras de Billy sobre la verdadera personalidad del millonario, la casualidad de que “El encapuchado gris” se hubiese trasladado también desde Bruselas a Chicago…

Mientras quedaba sumida en sus reflexiones, Walter llegó sin tropiezo alguno a la puerta trasera de la casa utilizada antes para entrar. La abrió centímetro a centímetro y, sin asomarse, oteó cuanto le fue posible.

Un “Lincoln” azul, al parecer vacío, hallábase situado, de manera estratégica, a relativamente corta distancia de su “Rolls Royce”.

El hecho en sí nada habría tenido de particular si no hubiera concurrido la siguiente circunstancia. Cuando un rato antes habíase dirigido Doyaux a Taiman para hacer a Sue aquella visita, creyó advertir que un coche seguía al suyo; y estuvo observándolo por el espejo retrovisor hasta valerse de un momento favorable en la reglamentación del tráfico para desparecer.

Y hubiera jurado que el tal “Lincoln” y el que ahora veía no se diferenciaban en un ápice.

Sonriendo duramente cerró con las mismas precauciones y volvió sobre sus pasos, no tardando en encontrarse otra vez en el interior del domicilio de Susana. Esta, que, llena de zozobra, había abierto la puerta

de su dormitorio, tembló al verle reaparecer.

“El encapuchado” le pidió con ligero ademán que se tranquilizase, y dijo quedo:

—No puedo marcharme por dónde vine. Creo que hay perros que me aguardan dispuestos a morder.

—¿Quiere decir que… tiene enemigos abajo?

—Exactamente. Busco un balcón a propósito.

—Yo le guiaré hasta la salida principal que da a otra calle.

—Es usted maravillosa en todos los aspectos.

—Venga conmigo.

Casi dueña de sí, la muchacha echó a andar delante, seguida por Doyaux.

Tanto ella como él esforzábanse en no producir ningún ruido.

Cruzaron la distancia que les separaba del punto a que se dirigían. Ya a la vista de dicho punto, dijo la joven:

—Al pie de esa escalera hay un pequeño vestíbulo y, enseguida, la puerta. ¿Sabrá usted abrir?

El interrogado sonrió, bajo la máscara, de la ingenua pregunta. Y repuso:

—Lo intentaré.

—¡Buena suerte!

—Gracias.

Permaneció anhelante mientras Doyaux desaparecía. Quitóse este la capucha en el momento de lanzarse fuera.

Nadie en derredor.

Dando un amplio rodeo, surgió por una estrecha callejuela que le permitía dominar la trasera del “Lincoln”. Amartillada la pistola, avanzó hasta situarse junto a la ventanilla del lado opuesto a la casa de Sue.

—¿Ignoran ustedes que esta es dirección prohibida? —preguntó con sorna.

Desde el interior se incorporaron dos hombres, mirándole asustados y sorprendidos. Uno de ellos tenía apoyada sobre las piernas una “ukelele”[1].

Walter, encañonándoles, añadió:

—Hola, Bennett. ¿Qué hay, Jaynes?

Los malhechores, oyendo sus apellidos, parpadearon más atónitos todavía. Lo que menos podían imaginarse era que aquel hombre de la barba había alternado con ellos en Bruselas bajo las órdenes de Evergent.

Preguntaron simultáneamente:

—¿Quién es usted?

—¿Qué quiere?

—Sois demasiado curiosos, ¿eh? Todavía no os he preguntado yo lo

que hacéis aquí parados y manoseando ese cacharrito.

—Pues…

—No inventéis ningún embuste. Coge la "artillería" por el cañón, Jaynes, y tírala por esa ventanilla. Cuidado con intentar la menor simpleza, ¿eh? Me están entrando unas ganas enormes de darle gusto al dedo.

—¡Es que…!

—¡Obedece!

Brillaron sus pupilas tan fieramente, era tan enérgico el tono empleado, y apuntaba aquella pistola con tal firmeza, que Jaynes obedeció.

—¡Ajá! —aprobó Walter—. Ahora marchaos de aquí. No tenéis idea de lo bien librados que habéis salido.

Benet saltó al volante y apresuróse a poner el coche en marcha, desapareciendo a toda velocidad.

Solo cuando se hubieron perdido de vista guardó Doyaux el arma, recogió la ametralladora y fue en busca de su "Rolls", al que hizo dar media vuelta, tomando camino opuesto al de sus enemigos.

Pocos minutos más tarde descubrió, por el espejo, que el "Lincoln" había reaparecido y traíalo a la zaga.

—No sé si son idiotas o suicidas —dijo para sí.

Le acudió a la mente la disciplina rígida de la banda. Cuando se encomendaba un "trabajo" había que concluirlo por encima de todo. Aquellos hombres tenían miedo, sin duda, a presentarse vencidos.

Continuó Walter observando. No cabía duda. Tratábase del mismo automóvil. Disminuyó él la velocidad del suyo y dejóse caer al suelo en el preciso momento en que el otro pasaba. Una ráfaga de plomo barrió el sitio en que lógicamente hubiera debido hallarse la presunta víctima, la cual recibió encima cristales hechos añicos.

Los agresores no se entretuvieron en averiguar el resultado de su agresión. Hubiera sido exponerse más de lo que el valor les permitía.

Siguieron adelante, lanzando el vehículo a toda marcha.

Incorporóse Doyaux en el instante justo en que su "Rolls", falto de dirección, iba a estrellarse, y pudo hacerse con él a tiempo.

Los cristales le habían causado pequeños cortes.

Segundos más tarde, emprendía la persecución de sus enemigos.

Ambos automóviles eran excelentes, y a Walter le costó trabajo ir acortando la distancia.

Los fracasados asesinos, al darse cuenta de la realidad, sacaron al "Lincoln" todo el rendimiento, pues solo les interesaba desaparecer. Antes, en su desesperado anhelo de realizar la "faena", tuvieron la esperanza de que Doyaux no les descubriese hasta que fuera demasiado tarde, o que, aun descubriéndoles, les supusiese incapaces de agredirle, por cuanto no tenían la "Thompson". De ocurrir así, le acribillarían.

Ya no podían pensar en tal cosa. La salvación estaba en la huida.

Las leyes del tráfico dejaron de existir para ellos.

Al entrar en la calle Mozart, Walter apuntó e hizo fuego repetidas veces, coronado por el éxito. Un neumático del coche azul estalló y este, aunque dado su peso, avanzó un trecho normalmente, estuvo luego a punto de dar la vuelta.

Pasó el millonario como un alud e hizo funcionar la ametralladora, demostrando conocer bien su manejo, sobre los aterrados ocupantes del "Lincoln".

Oyó gritos agónicos.

Tampoco él se detuvo a comprobar el resultado de sus tiros.

Capítulo V
EVOCACIONES DEL AYER

A la mañana siguiente, Kettering visitó a Susana, quien le recibió, demostrándole en el saludo el afecto con que le distinguía.

—Me alegra mucho verle, Perry —dijo tendiéndole ambas manos, que el pelirrojo estrechó con gusto—. Me tiene olvidada. Desde la fiesta de los Springer no hemos vuelto a vernos.

—Le suplico que me excuse. Es que no me encuentro bien del todo. Me resiento aún de la “caricia” que me hicieron.

—No sabe cuánto me apena oírselo decir. Pensar que por mí causa…

—¡Oh, no se preocupe! Por su causa volvería a repetir la suerte.

—¡Qué gran persona es usted, Perry!… —intentó bromear, preguntando—: ¿Y los insectos?

—Pues… verá; colaborando con un compañero, de profesión, voy cazando ejemplares de importancia.

Habían ocupado sendos butacones.

El entomólogo observó que su interlocutora estaba demacrada, pero serena; como si hubiera vencido, a costa de mucho, el gran nerviosismo que, naturalmente, la debía dominar.

—He debido empezar pidiéndole disculpas por visitarla tan temprano…

—Viene usted a su casa. Es decir… a casa de mis parientes; pero, mientras no me desautoricen, creo que puedo ofrecerla a mis amigos.

Se expresó con tristeza, que no pasó inadvertida para el pelirrojo.

—¿No es usted feliz? —atrevióse a preguntar.

—¿Cree que puedo serlo?

—No, no lo creo, Sue; pero… no sé por qué, confío en que sus amarguras se endulzarán pronto.

—También yo tengo esa esperanza.

Y al expresarse así, la joven pensó en el amor de Billy.

Hubo un silencio breve. Parecía como si Kettering no se atreviese a abordar el problema que le preocupaba.

Le animó Sue:

—Le escucho.

—¿Qué me escucha, qué?

—Vamos, querido Perry; usted ha venido con un fin determinado.

—El de verla. ¿Le parece poco?

—Estimo la galantería. De todos modos, apuesto doble contra sencillo a que existe otra razón.

—Soy verdaderamente torpe —declaró el entomólogo—. Sí; tengo algo que decirle. Lo que pasa es que me hubiera gustado deslizarlo de manera hábil para aminorar la impresión.

—¿Alguna noticia mala?

—Pues, no sé… Opino que no. Depende de cómo se tome…

—Diga lo que sea. Tantas dentelladas he recibido ya, que dudo de que ninguna otra me produzca gran efecto.

Kettering la observó, haciendo un gesto de admiración profunda.

—¡Es usted magnífica, Sue! ¿Me permite encender un cigarrillo? Controlo mejor mis nervios cuando fumo.

—Desde luego. Deme otro a mí.

Encendieron ambos. Y Perry inquirió, mientras lanzaba la bocanada primera:

—¿Qué le parecería si le dijese que he sentido renacer en mí las aficiones detectivescas?

—¿Es posible?

—Sí, lo es.

—¿A pesar de lo ocurrido?

—A pesar de lo ocurrido… o precisamente por lo que ocurrió. ¿Qué quiere? Los seres débiles solemos tener ciertas reacciones inexplicables.

Pareció avergonzado de sus palabras, cual si temiese una burla por parte de Susana. Lejos de ser así, esta le habló muy en serio:

—Me ha impresionado usted, amigo mío. ¿A qué se debe esa reacción? ¿Qué ha ocurrido?

—¿No admite que obedezca a una de las muchas facetas que tiene mi chifladura?

Kettering alzó la vista hasta clavarla en la de su interlocutora. Poco a poco fue extinguiéndose la sonrisa de sus labios. Dijo muy bajo, con acento misterioso:

—¡"El encapuchado gris" está en Chicago!

Sue puso una cara de cómico asombro. Le hacía gracia que el pelirrojo la hubiera elegido para trasladarle aquel "secreto" tan bien conocido por ella desde la noche anterior.

—¿Es posible? —exclamó, representando su papel a las mil maravillas.

—¡Como lo oye usted!

—Y… ¿en qué se basa para creerlo así?

—¡Le he visto, amiga Sue; le he visto! He aquí el motivo de esta visita. Me ha asaltado el temor de que venga detrás de usted, de que pretenda hacerle daño…

—¿Daño?… No lo espero. Jamás me lo hizo. Recuerde que me salvó la vida.

—Entonces… ¿no siente usted temor?

—Ninguno. Si se presenta a mí, le atenderé todo lo bien que

merece.

—¿Sin asustarse?

—Sin asustarme.

Kettering tornó a sonreír, pero era esta suya una sonrisa especial, como de niño tímido que se decide a confesar un pecadillo:

—¿Sabe?… Me han gustado esas palabras suyas… porque demuestran admiración hacia “El encapuchado”… y… ¡como yo también le admiro…!

—¿De veras?

—Sí. No quería declararlo; pero ahora que usted lo hace, no me importa imitarla. Me parece un personaje sin precedentes y… como usted no ignora, los débiles solemos rendir tributo, a veces sin querer, desde el fondo del corazón, a los fuertes.

—Bien, Perry; pero, si eso es así, ¿a qué obedece ese despertar de sus aficiones policíacas? Porque no creo que admirando, según declara, a ese hombre, se haya propuesto nada contra él.

—¡Claro que no! ¡Si lo que quisiera es serle útil!

—Eso me parece difícil.

—¿Por qué? ¿Tan poca cosa me considera?

—No he querido decir tal absurdo. Usted vale mucho. Pero desconociendo como desconoce la personalidad de “El encapuchado”, ¿cómo le va a favorecer?

—Sí, claro, es difícil. Pero… ¿quién sabe si se presentará ocasión? ¡Me agradaría tanto!… ¿A usted no le gustaría también?

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Pregunto si no le gustaría, en el caso de que la oportunidad llegase, prestar algún servicio al ser misterioso a quién tan agradecida debe estar.

Susana reflexionó brevemente, mientras Kettering la observaba con la más ingenua de sus expresiones.

—Pues… sí —afirmó ella—. Me resultaría grato hacer algo en su obsequio… si bien lo considero punto menos que imposible.

Palmoteo casi Perry.

—¿De veras? ¿Quiere, entonces, que hagamos una especie de alianza en tal sentido?

—Por mí no hay inconveniente —concedió la joven, riendo, divertida, ante lo absurdo de la idea.

—¡Hecho, entonces! —apresuróse a exclamar Kettering.

Y tendió la mano con solemnidad. Sue, imitándole en todo, estrechósela con fuerza.

* * *

Estaba el día de visitas.

Por la mañana, había sido Perry; ahora, por la tarde, Ronald…

Así pensaba Sue mientras acudía al recibidor, donde el millonario aguardaba.

Alegrábase de que sus parientes hubieran salido dejándola sola en casa. Así podría hablar más a gusto con aquel hombre sobre el cual, desde la noche anterior, centraba sus sospechas.

No le reconoció de pronto. Ante ella inclinábase amable y correcto un muchacho que representaba poco más de treinta años, sin quevedos, bigote ni barba. Su rostro terso, enérgico, de trazos firmes, parecía iluminado por una sonrisa alegre.

—Señorita Sue…

—¡Señor Peck! —exclamó ella en el colmo del estupor al reconocerle.

Se miraron unos instantes en silencio. La turbación de la joven era tan grande, que todos los esfuerzos que hacía por dominarla resultaban inútiles.

—Me encuentra algo cambiado, ¿verdad? —preguntó Walter, ayudándola a salir de la sorpresa. Y añadió enseguida—: Un hombre varía mucho según lleve o no pelos en la cara. Me he cansado de los míos. ¡Daban tanto calor!… He perdido el aspecto de varón sesudo, lo cual es una lástima, pero he ganado en apariencia de juventud. ¡Váyase lo uno por lo otro!

Sue le escuchaba complacida, sin saber por qué. ¡Vaya si había ganado su interlocutor al rasurarse!

¡Ahora sí que le recordaba a Walter Doyaux! ¡Ahora sí que se explicaba perfectamente el parentesco que habíale dicho tener con el hombre a quién creía muerto!

Murmuró por decir algo:

—Perdóneme por haberle hecho esperar.

—Me costará trabajo concederle ese perdón, porque todos los minutos son pocos para contemplarla; y usted me ha robado unos cuantos.

Hablaba y desenvolvíase de manera totalmente distinta a como antes lo hiciese. Parecía como si con los excesos capilares hubiera desaparecido todo su molesto empaque de imponente caballero.

—Siéntese —invitó ella, empezando a ser dueña de sí misma.

Lo hicieron ambos. Doyaux dijo, simpáticamente:

—El venir a verla sin haber sido invitado, y sin nada concreto que lo justifique, significa un acto de osadía impropio del barbudo señor Peck… pero disculpable en Ronald, ¿verdad que sí?

Asintió la muchacha, correspondiendo a la sonrisa que se le dirigía con otra francamente seductora.

—Nunca hubiera supuesto —declaró— que bajo aquella muralla de pelos escondíase un semblante como el suyo.

—¿Lo imaginó peor o mejor del que tengo?

—La verdad es que no me detuve a pensarlo.

El tono frívolo del diálogo permitió a Sue vencer los restos del nerviosismo que minutos antes la dominara.



—*¡Quiero su vida!*

Hablaron de cosas diversas. Poco a poco, el millonario fue encauzando la conversación a su gusto. Hasta que en un momento dado mencionó a Walter Doyaux. Susana quedó súbitamente seria, y preguntó él:

—¿Le molesta que le recuerde a ese hombre?

—No. Todo lo contrario.

—Gracias. Yo experimento cierta satisfacción, aunque me duela, nombrándole, ocupándome de sus cosas, tratando a las pocas personas a quienes quiso. En realidad puede decirse que este ha sido el principal objeto de mi visita. Usted me confesó en el palco que le había amado; le propuse hacer de lo que dijimos un dulce secreto que nos aproximase; y el deseo de comentar ese secreto ha guiado mis pasos hasta aquí.

—Se lo agradezco mucho.

—Soy yo quien le agradece que me permita estas evocaciones del ayer.

—Yo las hago con frecuencia.

—¡De qué modo la adoraba Walter!… La última vez que hablamos, a raíz de detenerle, refirióse, como de costumbre, a usted, con motivo de un desafío que habían concertado. Él afirmó que la haría su esposa por encima de todo: usted le retó a que lo consiguiese… ¡Qué amargura había en su voz al comentar lo ocurrido…!

Susana se mordió los labios. El llanto estaba a punto de salir a sus ojos. Doyaux, al advertirlo, apresuróse a exclamar:

—No he hecho bien aludiendo a ese punto. Prometo no reincidir. Vamos a ocuparnos de otros temas.

—Sí, será mejor. He sufrido demasiado y quisiera olvidar, vivir de nuevo, conocer siquiera parte de los placeres que existen.

—Lo conseguirá, sin duda. El amor llamará de nuevo a su puerta…

—Ya está llamando, señor Peck —dijo ella en susurro, a la par que iniciaba otro conato de sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Billy Gragg me ha pedido varias veces que sea su esposa. Es un gran muchacho y me quiere locamente.

—Y… ¿usted a él?

—Le estimo y reconozco que cada día gana más en mi afecto. Lo de Walter, aunque no llegamos a ser novios, está muy reciente todavía, y esa es la causa de que me resista a pensar en nuevos amores. Pero… la vida sigue… la juventud manda…

—Comprendo, señorita.

—Le he hecho esta confidencia… precisamente por ser usted quién es. Y le pregunto: ¿Qué me aconsejaría que hiciese?

—Por favor, señorita Sue; vuelva a fijarse en que ya no llevo barba ni bigote; en que soy un muchacho. ¿Cómo quiere que le dé consejos de esa índole? Por otra parte, he oído decir mil veces que en el corazón no se manda…

—¡Es verdad!

Prodújose otra pausa, y prolongada por cierto. A Susana ocurriósele un ataque audaz. Clavó la negrura de sus ojos en la no menor negrura de los del millonario y dijo de pronto:

—Quizá pudiera aconsejarme sobre el problema “El encapuchado

gris".

Engañóse al suponer que iba a desconcertar a Doyaux, quien arrugó el entrecejo, mostrando extrañeza, y preguntó:

—¿"El encapuchado gris"? No la comprendo…

—¿Nunca oyó usted hablar de ese tipo?

—Nunca. ¿Quién es?

—Lo ignoro.

—Pero… ¿sabe de él algo? ¿Por qué le ha aludido ahora?

—No sé nada en absoluto. Oí ese nombre de guerra en diversas ocasiones y se me ha ocurrido de pronto… Es una tontería. Olvídela.

La entrevista prolongóse un rato más.

Por fin Doyaux decidió marcharse.

Cogió la mano que Susana le ofrecía y, sin soltársela, dijo en el mismo tono que solía emplear cuando echaba sobre su rostro la máscara que dio nombre al personaje que creara:

"—Sea discreta y no diga a nadie que me ha visto. Si me obedece, su tío, Clyde Hatter y Walter Doyaux serán vengados; sí, por el contrario, se va usted de la lengua, correrá la misma suerte que ellos". ¿Recuerda estas palabras, señorita Sue? pronunciadas una noche en el jardín de su casa de Bruselas.

Soltóse la joven, desorbitados los ojos.

—¡¡Usted!!… ¡¡Usted…!!

—Yo, sí; este secreto… que dejará de serlo muy pronto, nos une tanto como el amor de Walter. No lo traicione, señorita. Haga honor a la confianza que acabo de depositar en usted.

Inclinóse profundamente, y despacio, muy despacio, cruzó la puerta.

Susana habíase llevado ambas manos al pecho, cual si quisiera evitar que se le escapase el corazón.

Capítulo VI
LAS CARTAS BOCA ARRIBA

Billy esforzábase en leer, pero no se enteraba de lo que contenía el libro. Con frecuencia tenía que volver atrás, repasando páginas y más páginas.

De entre los varios motivos de preocupación que embargaban su mente figuraba en primer lugar el no haber visto a Sue. En vano la esperó en el sitio elegido para las entrevistas periódicas.

Telefoneó y le respondieron que había salido; insistió más tarde, con resultado idéntico.

No podía explicarse aquella conducta.

Repiqueteó de pronto el timbre del teléfono con insistencia.

Billy corrió al aparato, preguntando anhelante:

—¿Quién es?

En lugar de la voz amada escuchó otra que le obligó a hacer un gesto de decepción.

—Aquí Perry Kettering. ¿Es usted el señor Gragg?

—El mismo. ¿Desea algo?

—Desear, no; pero temo suceda alguna cosa desagradable. Me refiero a Sue.

Billy perdió la serenidad.

—¿A Sue, dice? ¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido? ¡Hable de una vez!

—¿No sabe nada de ella?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¡Por favor, conteste!

Había tal ansiedad en el acento del pelirrojo que Gragg sintió crecer la zozobra nacida en su pecho a la sola mención del nombre de la joven.

—Ayer estuvimos juntos —declaró.

—Pero, ¿hoy?

—Hoy no nos hemos visto. No haga más preguntas, Perry, y explíquese.

—Eso quisiera yo, podérmelo explicar. Solo puedo decirle que, al parecer, ha desaparecido.

—¡Eeeeh!

—Acaricié la esperanza de que estuviese en su compañía y por eso le he llamado.

Billy sintió como si le golpeasen la cabeza. Su mano crispóse sobre el auricular; echaron chispas sus ojos.

—¡No diga disparates, Kettering! ¿Es que quiere jugar de nuevo a

los misterios?

—No pretendo tal cosa, Gragg. Opino que en vez de hablarme en ese tono debería agradecerme la prisa en comunicarle lo que sucede.

—Discúlpeme. La noticia me ha sacado de mis casillas. ¿Desde dónde me habla usted?

—Desde la casa de Sue. Vine a hacerle una visita y los parientes me han expuesto sus temores.

—¡Salgo inmediatamente hacia ahí!

—Bien; le espero.

Vistióse Gragg en pocos minutos, y corrió hacia el primer coche de alquiler que pasaba.

—¡Corra! —ordenóle al chofer, luego de darle las señas—. Pagaré las multas; tendrá buena propina…

En menos de un cuarto de hora llegó al punto de destino. Perry aguardaba en la puerta de la calle y le salió al encuentro.

—Quizá nos hayamos alarmado sin razón —díjole a guisa de saludo —. Sin embargo, las apariencias… Sue lleva fuera de la casa más tiempo del acostumbrado, según me han dicho; nunca se le hace de noche en la calle yendo sola. La llamaron para cenar, y viendo que no contestaba, fueron a buscarla. En su cuarto hay una silla derribada, la cama está revuelta como si sobre ella se hubiera desarrollado una lucha.

Billy no escuchaba ya. Seguido del pelirrojo tomó el ascensor, que condujo a ambos al piso de los familiares de Susana.

Le presentó Kettering como un buen amigo de la joven. Los dueños de la casa mostrábanse seriamente preocupados e inquietos. Acogieron a Gragg con interés, cual si esperasen que estuviera en su mano el esclarecimiento del asunto. Pidió este permiso para ver las habitaciones de la desaparecida, hacia donde fueron todos.

Perry no había fantaseado. Allí, a juzgar por lo que podía apreciarse, hubo lucha fuerte.

—¿Han avisado a la Policía? —quiso saber Billy.

—No; todavía, no; tememos sea prematuro.

—¿Prematuro? ¿Cómo se les ocurre tal disparate?

Corrió él mismo al teléfono, e informó de lo que pasaba a la comisaría del distrito, exponiendo los temores generales.

Luego hizo a los parientes de la muchacha preguntas a diestro y siniestro, sin obtener dato, alguno que le sirviera de orientación. Su nerviosismo crecía por momentos.

Perry se le acercó animándole:

—No desesperemos, amigo Billy. Vamos a estudiar con calma lo que procede. Aunque en virtud del percance que sufrí en Bruselas no me quedaron ganas de meterme en nada que no fuera la entomología, tratándose de Sue me dispongo a hacer cuanto sea preciso. Colaboraremos usted y yo nuevamente.

—Gracias —repuso el enamorado con sequedad—. No lo tome a desaire, pero en este asunto prefiero actuar solo.

—¿Ha trazado algún plan?

—Empiezo a trazarlo.

—¿Alguna pista?

—Creo que sí. No me pregunte nada.

Despidióse de todos y salió precipitadamente.

En su cerebro habíase abierto paso una imagen: la de Ronald Peck o, más propiamente dicho, la de Walter Doyaux. Teniendo como tenía la casi seguridad de que los dos personajes, como igualmente el encapuchado gris eran uno solo, pensó en el amor de Walter hacia Susana y dio cabida a la sospecha de que el rapto fuera obra suya.

Se dispuso a afrontar la situación por encima de todas las cosas que pudieran aconsejarle lo contrario.

No había despedido el coche. Subió a él de nuevo y dio las señas de Ronald Peck, en Pershing.

Le devoraba la impaciencia. Insistió en los ofrecimientos al chofer para que obligara al vehículo a devorar las distancias.

Llegó, por fin, y pulsó el timbre una vez y otra.

El sirviente que acudió a abrirle miróle con desagrado por aquella manera de llamar.

—Necesito entrevistarme con el señor Peck.

—El señor Peck no se encuentra en casa.

Gragg clavóse las uñas en las palmas de las manos. Dominando con trabajo su disgusto, mintió:

—Me ha citado aquí a esta hora.

—Es muy extraño eso… sin ponerlo en duda. El señor no falta nunca a una cita que da. Puede que en este caso, por vez primera, le haya sido infiel la memoria. Pase, si gusta, y espérele.

Aquella manera de expresarse convenció a Billy de que no se le engañaba.

Ocurriósele que acaso le fuera posible valerse de la oportunidad que se le ofrecía para descubrir algo de lo que la noche de su incursión a aquel domicilio no pudo hallar.

—Aguardaré —dijo.

El sirviente le condujo al mismo suntuoso recibidor donde ya estuviera cuando llevó a cabo su primera visita.

—Si desea que le sirva algo…

—No, no; gracias.

El doméstico le dejó solo y trasladóse a otra habitación desde la cual marcó un número en el aparato del teléfono. No tardó en oír la voz de Walter preguntando:

—¿Qué hay?

—Está aquí.

—Era de suponer. Bien, dile donde puede encontrarme.

Cesó la brevísima conferencia. Salió el criado de la estancia y cruzó el amplio pasillo en el momento en que Gragg entreabría la puerta del recibidor. Hubiera querido este dar marcha atrás, pero ya no era posible hacerlo sin despertar sospechas.

—¿Desea alguna cosa?

—No.

—Creí que salía.

—Estoy nervioso. Eso es todo.

—Si opina que le puedo ser útil…

—Me lo sería si supiera dónde está su señor a estas horas.

—Lo sé, aproximadamente.

—Y ¿por qué no me lo ha dicho?

—No he sido preguntado. Limitóse usted a decirme que tiene una cita aquí con él.

Billy sintió deseo de pegar a aquel hombre, a quién consideró el más estúpido de los mortales. Renunciando al propósito que concibiera de registrar la casa, si le era posible, apremió:

—¡Hable pronto!

—Es posible que le encuentre en el "Estrella Blanca", el *night-club* que el señor posee en Cícero.

Gragg no disimuló la extrañeza que la noticia le produjo.

—¿Ronald Peck es dueño de un club nocturno?

—En efecto; de un club nocturno y de otras muchas empresas más.

—Deme las señas.

Obedeció el sirviente. Billy, sin despedirse, corrió otra vez al coche.

—¿Sabe dónde está el *night-club* "Estrella Blanca", en Cícero? —preguntó al conductor.

—Desde luego.

—Lléveme a él.

Partió el auto.

La ansiedad de Billy crecía mientras su imaginación trabajaba. Decíase que si Walter había raptado a Sue no le encontraría fácilmente. Si le encontraba, era porque estaba ajeno al tal rapto. Tal conclusión restóle muchos ánimos, más no por eso renunció a la idea de averiguar cuanto pudiese.

Llegaron.

Despidió Gragg el auto, luego de cumplir la promesa de una espléndida propina, y se detuvo unos momentos a mirar el "Estrella Blanca". Recordó entonces haber estado allí algunas veces.

—Deseo ver al señor Peck —dijo al galoneado portero—. Me aguarda.

Subió, sin dificultad alguna, al piso correspondiente.

La sala principal era un hervidero de luces, joyas, risas, músicas…

Había allí gente de muy distintas esferas sociales. Hubiera sido posible encontrar desde el banquero, hasta el *gangster*, pasando por los políticos y artistas.

Un elegante camarero se acercó a Billy.

—¿El señor tiene mesa reservada?

—Busco al señor Peck.

—¡Ah, en tal caso…! Véale.

Le señaló una reunión del extremo opuesto.

Gragg parpadeó nerviosamente. Costóle trabajo reconocer en el rasurado rostro de Walter al barbudo Ronald.

Preguntó el mozo.

—¿Le anunció? ¿Quiere darme su nombre?

—No; gracias. Iré yo mismo.

Y avanzó lentamente hacia el grupo en cuestión, deteniéndose a pocos pasos.

—Señor Peck —dijo.

Volvióse Doyaux y demostró sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—¡Caramba, mi dilecto amigo señor Gragg…!

Eh su tono, falsamente amable, había punzante ironía. Se excusó ante las personas con quienes estaba y fue junto a Billy, añadiendo:

—Al despedirse de mí la última vez que nos vimos me dijo usted "¡hasta pronto!". Observo que su frase respondía a la verdad.

Ni uno ni otro hicieron movimiento alguno que denotase intención de estrecharse las manos.

Billy, sin comentar lo que acababa de oír, escrutaba los ojos de su interlocutor con el afán de encontrar en ellos alguna ráfaga temerosa, algo que denotase culpabilidad; más no lo conseguía. Este soportaba aquel modo de mirarle con la mayor sencillez, cual si no le concediese importancia.

—Bien… —dijo con cierto deje de disgusto ante el prolongado silencio de Gragg—. ¿Qué es lo que desea?

—Hablarle de Sue.

Parpadeó Doyaux mucho y deprisa.

—¿Se refiere a la señorita Susana Parmenter?

—En efecto —respondió Billy, para quien no había pasado inadvertido la ligera muestra de inquietud dada por el millonario.

—Resulta sorprendente que venga usted a buscarme… Porque supongo que ha venido a buscarme, ¿verdad?

—Sí.

—Resulta sorprendente, repito, que venga a buscarme a mí club para hablarme de una señorita con la cual solo me unen relaciones muy superficiales.

—¿De veras?

—No tiene usted derecho a dudar de mis palabras ni le permito que lo insinúe.

Su voz se hizo dura, casi metálica; sus ojos, en cuestión de segundos, adquirieron un brillo siniestro.

Billy, sin alterarse, replicó:

—No niego que el trato existente entre dicha señorita y Ronald Peck sea superficial; pero… ¿podría decir lo mismo Walter Doyaux?

El interrogado se quedó impertérrito. Encogióse de hombros, en ademán de incomprensión, y repuso luego:

—No comprendo una palabra de lo que dice. En fin, hábleme de esa señorita o de quien se le antoje. ¿Quiere tomar antes un *whisky,* un coñac?…

—No; gracias.

—A su gusto.

Hablaban separados de la gente, a no mucha distancia de la pista, más no podían evitar que cerca de ellos cruzasen curiosos, quienes a veces les miraban con interés, o que se acercaran amigos del millonario para comentar la desaparición de la barba, del bigote y ¡hasta de los quevedos!

—Le invito a pasar a mí despacho —propuso este—. Nos será más cómodo conversar allí.

—Vamos donde sea.

Abriéndose paso con alguna dificultad, pues la concurrencia aumentaba, recorrieron el amplio salón.

Parecióle a Billy haber visto un segundo la pelirroja cabeza de Kettering, aunque no lo hubiera podido asegurar. Dio como probable que este hubiera tenido una idea análoga a la suya y que anduviese por allí vigilando a la misma persona que le interesaba a él.

Un criado de frac levantó las cortinas que separaban la gran sala de las habitaciones reservadas e inclinóse ante ellos.

—Por aquí —guio el millonario.

Tras cruzar un largo corredor descendieron varios escalones, cubiertos por ricas alfombras que ahogaban las pisadas.

Doyaux se detuvo ante una puerta de no muy grandes dimensiones y abrió con su propio llavín.

—Pase…

La estancia en que penetraron era recogida, confortable. Los muebles, de estilo renacimiento, contrastaban con el acusado modernismo del exterior.

Billy, sin esperar a que se le indicase, volvió al tema que constituía su obsesión.

—La señorita Sue Parmenter ha desaparecido de su casa misteriosamente. Todo hace pensar que se trate de un rapto.

—¡Qué me dice!

De nuevo rezumó ironía el acento de Doyaux.

Billy repuso, agresivo:

—Temo que esa noticia no sea nueva para usted.

—Muy aventurado ese temor suyo, ¿no le parece?... Cualquiera diría que me acusa.

—No estoy muy seguro de no hacerlo.

—¡Qué cosas se le ocurren!... Frene la imaginación, controle sus nervios, y no piense más en la pistola que lleva en la sobaquera. Caería acribillado antes de tocarla.

Gragg achicó los ojos, levemente estremecido, más que por la amenaza, al observar cómo habían sido adivinados sus pensamientos.

Añadió Walter con calma:

—Siéntese. Charlaremos sin prisas.

Y le indicó un sillón bastante sólido, mientras él iba en busca de otro colocado tras la mesa.

Billy, tras vacilar unos segundos, aceptó lo que se le brindaba. Apenas lo hubo hecho ocurrió algo inaudito: del respaldo del sillón surgieron dos garras de acero que con suma rapidez se cerraron sobre los brazos del ocupante, obligándole a la inmovilidad casi absoluta del torso.

Rugió el preso. Walter soltó una carcajada. Luego dijo, cáustico:

—Ingenioso, ¿no cree? Invención mía. Desde esta misma mesa oprimo un resorte, y... ¡ya lo ve! Lo he utilizado en diversas ocasiones, y siempre con éxito. En mi quinta de Bruselas también había instalado uno, pero aquel no llegó a funcionar.

Billy rechinó los dientes. Sus ojos despedían rayos. Tan grande era su ira, tan singular su indignación, que apenas si lograba emitir sonidos inarticulados.

El millonario, gozándose en su obra, encendió sin prisas un cigarrillo con boquilla dorada. Expelió el humo, y añadió, derrochando naturalidad:

—Es usted listo, extraordinariamente listo. Triunfó donde cualquiera hubiera fracasado descubriendo mi verdadera personalidad. Sí, soy Walter Doyaux. También, como creo supone, creé el encapuchado gris. Comprenderá que cuando le hablo con tanta franqueza es porque estoy resuelto a matarle.

Gragg hizo un desesperado e inútil esfuerzo por librarse de las garras que le oprimían. Su garganta estaba seca y se le dificultaba la respiración.

Continuó Walter:

—Verdaderamente voy a lamentar su desaparición del mundo de los vivos porque es usted simpático. Me lo fue, principalmente, cuando salió en mi defensa con motivo de la muerte de Clyde Hatter; pero esa simpatía no le puede librar de lo irremediable. Se me ha hecho

excesivamente molesto con su curiosidad y ha llegado a constituir un serio peligro para mis actividades.

—¡Maldito seas! —logró decir el prisionero en tono tan ronco que no pareció suyo.

Tornó Doyaux a reír de manera inarmónica.

—Si no se le ocurre más que eso, esta conversación va a resultar breve. Me gustaría oírle otras cosas de ingenio. En fin, veamos si al aumentar su furia dice algo curioso.

Pulsó un timbre y apareció un criado.

—Traiga a la muchacha —ordenóle el jefe.

El sirviente salió.

Los ojos de Gragg desorbitáronse.

—¡Luego es cierto!… ¡Tiene usted aquí a Sue…!

—Exactamente. Vuelvo a encomiar su talento.

Abrióse una puertecilla lateral y el doméstico volvió empujando a Susana, atada de pies y manos y con una mordaza sobre la boca.

—¡Sue! —exclamó Billy, con ansia y pena.

—Quítele la mordaza y retírese —dijo Walter al servidor.

Fue obedecido.

La joven lanzaba al millonario furiosas miradas. Este dijo, dirigiéndose a Gragg:

—Soy hombre que no renuncia nunca a sus anhelos. Me gusta esta mujer; se negaba a ser mi esposa y no he tenido más remedio que traerla junto a mí contra su voluntad.

—¡Nada ha conseguido con ello! —replicó Sue—. ¡Prefiero morir antes de ser suya!

—¡Morir!… —comentó el millonario—. No ha pensado, a buen seguro, en el valor de esa palabra. La muerte es cosa horrible. Mírese bella, encantadora, pletórica de juventud, e imagínese en lo que se convertirá si me desespero y la mato. Los gusanos surgirán de su carne hoy sonrosada…

—¡Cállese! —bramó Gragg, cuya frente se perlaba de sudor frío.

—¿No le gusta la descripción?… Me lo figuro. He sido poco delicado al no tener en cuenta que dentro de pocos minutos habrá dejado usted de existir.

—¡Monstruo! —masculló Billy.

Reapareció la risa helada del millonario.

—No tanto como cree —dijo—. Yo no disfruto matando. Si me fuera posible conseguir lo que ambiciono sin aniquilarle, quizá le dejaría vivir. Ya le confesé hace poco que me es usted simpático.

En las pupilas del que escuchaba reflejóse un asomo de duda.

—¿Por qué no lo intenta? —inquirió.

—¿Intentarlo?

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y pareció sumirse en

meditaciones. Añadió, por fin:

—Bien. A veces los seres humanos son capaces de grandes sacrificios impulsados por el amor. Voy a hacer una proposición de paz. Si usted, Susana, se aviene a ser mi esposa evitándome la violencia de obligarla, y usted, Billy Gragg, se compromete a abandonar Chicago y a dejarme tranquilo, le haré gracia de la vida. De lo contrario, aquí mismo, ante los ojos de su amada, le alojaré una hala en los sesos.

Del cajón de la mesa sacó una pistola, comprobó, parsimonioso, que estaba cargada y colocóle el tubo silenciador.

Lanzó Billy una especie de grito ronco, inarticulado.

Sue enfrentóse con Walter, frenética:

—¡Jamás! ¿Lo oye? ¡Jamás! ¡No me asusta la muerte! ¡Billy y yo la aceptaremos con gusto antes que someternos a esa infamia!

—¡Sue! —exclamó el prisionero. Y en su tono había pánico invencible, angustia suprema. Le miró la joven con fijeza, y exclamó él —: ¡Es un asesino! ¡Cumplirá su amenaza!

—¡Que la cumpla!

—¡No, no, Sue! ¡Sálvame!

—¿Qué te salve?... ¿Quieres decir que estás dispuesto a permitir que sea suya, a huir cobardemente dejándome en sus brazos?

—¡No quiero morir, Susana! ¡Te amo, pero la muerte me horripila!

La muchacha cambió de actitud. Envolvió a Billy en una mirada desdeñosa y exclamó:

—¡Cobarde!

—Comprende... Somos jóvenes. Ni tú ni yo adelantaríamos nada con el sacrificio de la vida...

—¡Cobarde! —repitió ella. Y volvióle la espalda, dando media vuelta en el sillón donde la habían obligado a dejarse caer.

Doyaux, exteriorizando con el gesto, los ademanes y la voz, el placer que sentía, alzóse y fue hacía Sue.

—Gracias —murmuró mientras le quitaba las ligaduras—. Tenía usted formado un concepto elevadísimo del amor de este hombre, a quién, a través del tiempo, hubiera recordado como un ser que, aun en medio de sus maldades, habría sido capaz de todos los sacrificios por merecerla. Yo necesitaba demostrarle lo contrario. Le quedo reconocidísimo por haberse prestado a esta farsa. Es usted una gran actriz.

La muchacha hundió el rostro entre las manos.

Billy miraba atónito, sin comprender exactamente lo que aquello pudiera significar.

El millonario siguió dirigiéndose a la joven:

—Levante la cabeza. Debe sentirse satisfecha de sí misma. Una operación quirúrgica evita mayores males. Usted la ha padecido en el

alma y se curará pronto.

—Me has traicionado, ¿verdad? —inquirió Billy.

Antes de que pudiera responder ella, lo hizo Walter:

—No. Hasta ayer nada sabía de la clase de hombre que es usted. Yo hice que se enterase solo a medias. No quiso creerlo, y a ruegos míos, se avino a lo que le propuse. He preferido que conozca toda la verdad, luego de haber comprobado la inconsistencia del amor que usted le tenía; amor —deseo más bien, diría yo —que nadie niega, pero amor o deseo egoísta incapaz de nada grande. Un hombre de cuerpo entero prefiere cien veces sucumbir a entregar a otro, por salvarse, la mujer que quiere. Ahora ya puedo y quiero poner las cartas boca arriba.

Llamaron a la puerta de modo especial.

Doyaux, interrumpiéndose, autorizó:

—Adelante.

Bajo el dintel apareció Kettering. Parecía más simplón que de costumbre.

Gragg, al verle, sintió que la esperanza renacía en su pecho.

—¡Perry! —exclamó, poniendo en el tono toda la angustia que le atormentaba.

Su ilusión desvanecióse en el acto. Kettering, asaeteándole con dureza desconocida en sus ingenuos ojos, repuso:

—Hola, Basil Cassidy.

—¿¡Eh!?

—¡Basil Cassidy! ¿Le sorprende oír su verdadero nombre? ¿Es que ya no lo recuerda?

El así llamado hundió la barbilla en el pecho, cual si le acabasen de golpear privándole de sentido.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Kettering a Walter Doyaux.

—Todo bien, muchacho. Llega usted a tiempo. Me disponía a despejar las dudas que puedan existir en la mente de Susana Parmenter. Su testimonio me será útil.

El pelirrojo hizo un encogimiento de hombros que equivalía a asentimiento y modestia.

Añadió el que hablaba:

—Mientras llegan unos amigos a quienes el señor Kettering, sin duda atendiendo mis instrucciones acaba de telefonear, voy a decir algo de interés. Para usted, Sue, resultará desconocido, supongo, el nombre de William Cagney; pero a buen seguro que para Billy Gragg no lo es. ¿Verdad que no lo es?

El aludido alzó la vista, casi extraviada, y la fijó en Walter, quien añadió:

—¿Le molestan mis palabras?

Y luego, hablando a todos:

—William Cagney era mi padre. Doyaux es mi segundo apellido.

Lo utilicé por creerlo de interés para mis fines. Hace dieciocho meses, mi padre, embajador de los Estados Unidos en Bruselas, fue asesinado por no ceder a las presiones de unos espías que tenían en dicha ciudad un amplio campo de acción. Yo, hijo único, me encontraba en Inglaterra. Adoraba al autor de mis días. Tomé el primer aeroplano que me condujo al lugar del drama. No perdí tiempo en lamentarme. Deseaba actuar e ingresé en la C. I. A., sometiéndome a su férrea disciplina. A costa de esfuerzos y habilidad me puse en contacto con determinados elementos de la banda en cuestión y, debidamente autorizado, me convertí en un espía más, aduciendo el embuste de mi odio a Norteamérica. Ya no se trataba solo de vengar al muerto querido, sino de prestar un gran servicio a la Humanidad. Necesitaba descubrir todos los hilos de la nefanda red; averiguar quién era la cabeza directora; cosa hartamente difícil, según pude colegir, pues todo estaba organizado maravillosamente y el verdadero jefe era un cerebro privilegiado.

Hizo una breve pausa. Susana le escuchaba con desmedido interés; Perry sonreía; el prisionero jadeaba.

Añadió Walter:

—La C. I. A. puso a mis órdenes al sagaz agente Pierre Kettering. Juntos hemos laborado con entusiasmo enorme desde el primer día, aunque fingimos encontrarnos por vez primera poco antes de la muerte de Clyde Hatter. Bien; llevaba yo casi un año en la banda; averigüé muchas cosas que trasladé a mis superiores; hice abortar no pocos planes; pero el jefe continuaba ignorado para mí. Y yo conocía su existencia, pues Octave Evergent recibía órdenes de “alguien”. Así las cosas, compré la finca de Bruselas con el propósito de que usted, Sue, la compartiese, toda vez que me tenía locamente enamorado desde que nos conocimos. Llevé a cabo la inauguración de la misma, sorprendiéndome que me presentasen a “Billy” como un recién llegado a la capital. Yo le había visto ya varias veces. Se produjo el asesinato de Clyde, mi encarcelamiento… Excusado es decir que fui puesto en libertad tan pronto como me convino, y que lo de mi muerte, proceso del director de la prisión y de cuantos intervinieron en la substitución del cuerpo obedeció a un plan concebido por mí y aprobado por las autoridades competentes. Lo único que nos falló fue el hecho de que Paul Cauvelart, médico de la cárcel, formase parte de la banda, circunstancia que ignorábamos y que echó por tierra gran parte de nuestro proyecto. De todos modos, como me convenía mantener la duda al menos de si había muerto o no, creó el encapuchado gris, a fin de desenvolverme en mis actividades sin que se me reconociese. Nuestras sospechas de Billy Gragg… o Basil Cassidy, aumentaban, si bien no nos era posible comprobar que fuera el hombre buscado.

Dirigióse a Kettering:

—¿Quiere usted, Perry, mientras enciendo un cigarrillo, explicar a Sue algunos de los motivos de tales sospechas?

—Con mucho gusto —contestó el pelirrojo. Y empezó—: El señor Cagney Doyaux, basándose en ciertas cosas de este hombre que nos escucha, me ordenó que "colaborase" con él buscando el doble objeto de confiarle y vigilarle mejor. Entre otros detalles, despertaron mi interés los siguientes; al entrar en la casa donde Evergent y el médico departían, presentóse "Billy" y observé en él miedo y odio; fue cuestión de segundos, pero me bastaron. Me apresuré a decirle que fuera habían quedado algunos agentes amigos míos. Hoy creo que de no haberme expresado así habría hecho lo posible por matarme. Nos sorprendieron. Noté que mi colaborador y Evergent cruzaron una rápida seña, y cine, así como Cauvelart y yo peleamos en serio, ellos lo simulaban. Una vez en la calle, sorprendióme el empeño de "Billy" en que dijésemos la verdad a los policías. Ahora comprendo por qué lo hizo. No pensaba utilizar va aquella casa conocida por el encapuchado y por mí, e importábale poco que la visitasen. Era, además, el mejor modo de hacer hincapié en la exhumación del "cadáver" del señor Cagney y comprobarlo que tanto le interesaba.

—Cuando, avisado de antemano por Kettering, me personé en aquel domicilio, que va conocía —explicó el millonario—, pude haber matado a Evergent y al médico. No lo hice porque el primero sobre todo era el único que podía guiarme, tarde o temprano, al tan buscado jefe. A ello obedeció que les dejase, incluso, en condiciones de huir antes de que llegara la Policía. Continúe, por favor, Perry.

—Horas después se me quiso asesinar en mi dormitorio —dijo este —. Mi "compañero" presentóseme asegurando que con él habían pretendido hacer otro tanto, y que se hallaba herido, aunque no de gravedad. Tan pronto como me fue posible mandé hacer averiguaciones, comprobándose que ningún médico le había prestado asistencia.

"Desde el principio, con el fin de inspirarle confianza, no vacilé en hablarle de mi registro en casa de los señores Laroque, registro que pude efectuar porque me autorizó sin palabras el comisario Baele, e incluso entregarle ciertos, papeles encontrados allí. También le hablé del encapuchado desde el principio. A esto me indujeron dos razones más: ver el efecto que le producía la noticia y la evidencia de que usted, Sue, se lo diría también. Callármelo hubiera dado motivo a que se pusiera en guardia.

Tomó otra vez la palabra Walter:

—La declaración del canalla que quiso matar a Perry en el hotel me hizo pensar mucho y sacar deducciones. Evergent asesinó a Clyde con el exclusivo objeto de perderme a mí. ¿Por qué quería dañarme? ¿Qué le había yo hecho? ¡Era que estorbaba a alguien! Ya me había dado

cuenta de que el hombre a quién conocíamos como Billy la amaba, Sue. Él sabía de mucho antes que yo la adoraba. Relacionando esto con lo que conocíamos, Kettering y yo profundizamos en la tarea. Supimos que Evergent había huido a Chicago; que "Billy Gragg" emprendió igual ruta… Luego, usted, Susana, hizo el mismo viaje. También lo realicé yo. Necesitaba ponerme en condiciones de observar a mí hombre, de hallarme junto a él sin que me reconociese, y no vacilé en someterme a una pequeña operación de cirugía estética. Apenas me encontré en condiciones, reanudé el trabajo. Entretanto, Perry habíase repuesto y vino en mi busca. De nuevo convinimos en no reconocernos. Precisábamos localizar a Evergent y, a tal fin, seguíamos a Billy frecuentemente. El hecho de que usted, Sue, me viese tantas veces en sus paseos, obedecía, no solo al placer de admirarla, sino a la necesidad de no perder la pista de su enamorado galán, ni aun siquiera en sus expansiones amorosas. La constancia me proporcionó el triunfo. "Billy" llevóme, sin saberlo, sin suponerlo, al domicilio de Evergent. Esperé a que aquel saliese; más tarde lo hizo Cauvelart, y entonces me presenté allí hiriendo de muerte a ambos cuando quisieron matarme. Los documentos que encontré me revelaron toda la verdad, confirmando las sospechas de Kettering y mías: "Billy Gragg" era el sobrenombre que ocultaba a Basil Cassidy, jefe supremo de la banda en América y Europa. A raíz de mi descubrimiento telefoneé a la Policía, quien vino a hacerse cargo de los heridos. Evergent, antes de morir, creyéndose traicionado, pues había caído en desgracia, ratificó lo que yo ya sabía: mató a Clyde por orden de su jefe, el cual hallábase enloquecido de celos al notar que usted, Susana, me amaba a pesar de que fingía lo contrario. Prefirió esto a decretar mi propia muerte para que usted me despreciase en vez de llorarme. Los anónimos que recibía el magistrado Laroque eran obra de este repugnante sujeto, y buscaban el fin de perjudicarme ante quien me había de juzgar, hombre probo en grado sumo, del que se esperaba reaccionase en contra mía. No lo hizo así; tuvo la debilidad de decirse predispuesto a mí favor, en presencia de "Billy", y eso le llevó a la muerte. Él ordenó el asesinato de la señora Parmenter. Franz, el pseudomayordomo, elemento ejecutor de la banda, ignoraba el amor que el jefe supremo sentía por usted, y por eso se dispuso a realizar el doble crimen, que yo evité por encontrarme cerca de allí guiado por el deseo de protegerla. Y… ya está toda la historia. Los secuaces del "caballero" Basil Cassidy han pretendido asesinarme más de una vez, aunque sin suerte para ellos. Al verme en posesión de toda la trama, simulé lo del rapto, pues quería atraerle aquí con objeto de que usted presenciase y oyese cuanto acaba de tener lugar. Esté segura de que la Policía no la busca aunque se la haya avisado. Sabe perfectamente cuanto sucede.

Entreabrióse la puerta, y una voz ronca dijo:

—En efecto, lo sabemos todo, y hace ya unos minutos que estamos fuera esperando por no interrumpirles.

Era un comisario el que hablaba. Seguíanle varios agentes.

—Adelante, amigos —invitó Walter.

—¿Podemos hacernos cargo del pájaro? A estas horas estarán ya detenidos todos los que figuran en las listas que usted nos entregó. Se han cursado cables a los países donde la banda tiene ramificaciones…

—¡Buena labor!

—¡Buena labor la suya, señor Cagney Doyaux!

—Declaro que no ha sido mala; pero, en justicia, a la misma altura que yo, por lo menos, debe figurar Perry Kettering.

El pelirrojo sonrió modestamente, y repuso:

—Me he limitado a cumplir con mi deber. Ahora lo que quisiera es que me permitiesen pasar una temporadita tranquilo en Washington, junto a mí mujer, mis hijos… y mis insectos.

Sue lloraba silenciosamente.

Billy, cuyo valor fue extinguiéndose a medida que escuchaba a sus enemigos, hasta el punto de parecer una criatura totalmente anulada, reaccionó de insospechado modo en el mismo segundo en que Walter pulsó el resorte que dejaba sus brazos libres. Dio un salto de fiera, desentendiéndose de los cañones que apuntaban hacia él, y corrió al balcón.

—¡Alto! —gritóle el comisario.

Revolvióse el jefe de espías e hizo fuego, hiriendo al que le conminaba.

Daba la impresión de un loco. Su cara imponía.

Los agentes vaciaron los cargadores de sus pistolas sobre él.

Cuando, acribillado, cayó al suelo, estaba muerto ya.

Sue lanzó un grito de horror. Walter acudió a sostenerla entre sus brazos.

Epílogo

Días más tarde, la joven, repuesta ya de tantas emociones, sonreía a Walter, diciéndole:

—Te desafié a que consiguieras hacerme tu esposa aun teniendo la seguridad de que me vencerías.

—¿Lo lamentas?

—No. Lo deseé siempre.

—De todos modos no puedo ufanarme de mi triunfo. Soy otro hombre.

—¿Es que ciertos toques de cirugía pueden cambiar a una persona? ¡No! Pero aunque te hubieran cambiado, si antes te quería, ahora te quiero más porque…

No la dejó Walter explicar el porqué. Encontró más agradable cerrarle la boca a besos.

FIN

EXTRAÑOS Y SOSPECHOSOS

eran los numerosos fallos que se iban produciendo en el transcurso de la guerra. Wade Shendell, inspector del F. B. I. consiguió desentrañar tras innúmeras pesquisas, el inquietante peligro y descubrir el porqué los agentes iban cayendo incongruentemente

LA TELA DE ARAÑA

que el enemigo les tendía.

KENT MILLER

el inspirado y popular autor ha escrito bajo este título, una de sus mejores novelas que se publicará en el próximo número de la siempre interesante

COLECCION SERVICIO SECRETO

Intriga, emoción y dinamismo son los principales alicientes que ofrece

LA TELA DE ARAÑA

una narración digna de la pluma de

KENT MILLER

Notas

[←1]

Nombre dado por los *gangsters* a las ametralladoras “Thompson”.